

Distr.
GENERAL

LC/G.2084(SES.28/16)
25 de febrero 2000

ORIGINAL: ESPAÑOL

Vigesimoctavo período de sesiones
México, D.F., 3 al 7 de abril de 2000

JUVENTUD, POBLACIÓN Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Este documento de trabajo fue elaborado por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) – División de Población de la CEPAL, en cumplimiento de la resolución 572(XXVII) de la Comisión, con el apoyo financiero del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP). Su contenido corresponde a la síntesis y conclusiones del documento de referencia “Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe” (LC/L.1339).

ÍNDICE

	<i>Página</i>
PRESENTACIÓN	1
A. JUVENTUD, SOCIEDAD Y REPRODUCCIÓN.....	1
1. La relatividad histórica del concepto de juventud.....	1
2. La juventud en una encrucijada paradójica.....	2
3. Juventud y exclusión social: pobreza y aislamiento.....	5
4. Los jóvenes y las inequidades de la reproducción biológica y social	7
B. LOS CAMBIOS EN LAS CONDICIONES DE VIDA DE LOS JÓVENES.....	9
1. Juventud, transición demográfica y movilidad territorial.....	9
2. El carácter elusivo de los progresos de la educación	11
3. La inseguridad laboral de los jóvenes	13
C. JUVENTUD, REPRODUCCIÓN Y EQUIDAD.....	14
1. Trayectoria reproductiva: importancia para las personas, las parejas y la sociedad	14
2. Los jóvenes y la reproducción: especificidades y rasgos sobresalientes	15
3. Juventud y reproducción: principales tendencias en América Latina y el Caribe.....	20
4. Los jóvenes y la reproducción: signos de inequidades macro y microsociales.....	22
5. Algunos desafíos y prioridades de las políticas sobre juventud.....	28
BIBLIOGRAFÍA.....	39
 ÍNDICE DE RECUADROS, CUADROS Y GRÁFICOS	
Recuadro 1 Movilidad a través de la educación: la importancia de los mecanismos de gratificación diferida.....	4
Recuadro 2 Los jóvenes y el contexto demográfico	9
Recuadro 3 La necesidad de mejorar la información sobre migración internacional.....	11
Recuadro 4 Calidad y segmentación de la educación.....	12
Recuadro 5 Desempleo y desigualdad social entre los jóvenes.....	13
Recuadro 6 Consecuencias negativas de la fecundidad adolescente para las madres, los hijos y la sociedad	21
Recuadro 7 El aislamiento de los jóvenes populares urbanos	28
Recuadro 8 Los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo: el voluntariado	37

Cuadro 1	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres adolescentes (15 a 19 años de edad al momento de la encuesta) usuarias de métodos anticonceptivos según países. Total, unidas y no unidas sexualmente activas, países seleccionados, 1987-1998.....	18
Cuadro 2	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 15 a 49 años con experiencia reproductiva por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998.....	24
Cuadro 3	América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres de 15 a 49 años de edad que conoce medios anticonceptivos modernos, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998	27
Gráfico 1	América Latina y el Caribe: incremento de la concentración relativa de la fecundidad total en las edades jóvenes (15 a 29 años), según países, 1970-2000.....	16
Gráfico 2	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 25 a 29 años en el momento de la encuesta que tuvieron su primera relación sexual, su primera unión y su primer hijo(a) antes de los 20 años, países seleccionados, 1995-1998.....	16
Gráfico 3	América Latina y el Caribe: comparación de la tríada reproductiva antes de los 18 años entre la cohorte de mujeres de 18-19 años y 30-49 años en el momento de la encuesta, países seleccionados, 1995-1998	19
Gráfico 4	América Latina y el Caribe: paridez acumulada por las mujeres de 25 a 29 años según quintil socioeconómico, países seleccionados, 1995-1998	23
Gráfico 5	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 20 a 24 años en el momento de la encuesta que se iniciaron sexualmente, que se unieron y que fueron madres antes de los 20 años, según quintiles socioeconómicos, 1995-1998, países seleccionados	25
Gráfico 6	América Latina y el Caribe: uso de medios anticonceptivos modernos entre las jóvenes unidas por nivel socioeconómico y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998.....	26

PRESENTACIÓN

El objetivo general de este documento es examinar —desde el punto de vista de sus vínculos con la población y el desarrollo— las características y perspectivas de los jóvenes de América Latina y el Caribe. La exposición se ordena en torno a una interrogante central: en qué medida la situación y las particularidades actuales de los jóvenes de la región permiten el despliegue de su aporte potencial a la producción y reproducción de una sociedad orientada hacia un desarrollo balanceado en sus aspectos económicos, sociales y políticos; esto es, un desarrollo que promueva el crecimiento económico con integración social sobre bases de equidad y democracia. Guiado por esa pregunta, el análisis destaca aquel aporte potencial y presta atención a las barreras y problemas que impiden su concreción.

A. JUVENTUD, SOCIEDAD Y REPRODUCCIÓN

1. La relatividad histórica del concepto de juventud

Si bien existe amplio acuerdo entre los estudiosos del tema respecto de que tanto las características como la duración del tránsito entre la niñez y la adultez varían según las sociedades, culturas, etnias, clases sociales y géneros, también existe consenso en cuanto a la necesidad práctica de establecer una convención que permita comparar la situación de los jóvenes en distintos contextos y dar seguimiento a su evolución en el tiempo. El criterio más simple, e intuitivamente el más adecuado, para identificar la población joven es la edad, cuya medición no presenta mayores problemas de confiabilidad y es una variable investigada por la gran mayoría de las fuentes disponibles de recolección periódica de datos. Sin embargo, el empleo de la edad como una definición operacional no resuelve el problema de fondo, sino que lo desplaza a la determinación de los límites etarios más apropiados para aprehender la “esencia” del fenómeno de la juventud. El examen de las dificultades para establecer esos límites, además de exigir la clarificación de los criterios mediante los cuales los distintos enfoques entran en competencia, es una buena puerta de entrada para discutir la creciente complejidad de las fronteras de la juventud.

Para comprender esa complejidad debe reconocerse que, a medida que las sociedades pasan de lo rural a lo urbano, de lo agrario a lo industrial y de lo industrial a la actual sociedad del conocimiento, se va produciendo una continua ampliación de las habilidades y destrezas y de los conocimientos requeridos para un adecuado funcionamiento en la sociedad. Con ello, el ámbito de lo juvenil se va ensanchando y asume dimensiones inéditas en la historia de la humanidad. La consideración de esos cambios no condujo a alterar mayormente la cota inferior del entorno que define operacionalmente a los jóvenes, si bien es sabido que algunos comportamientos asociados antes a los jóvenes —sobre todo en el ámbito del consumo de bienes y de servicios de esparcimiento— actualmente se manifiestan a edades más tempranas. En todo caso, existe un razonable consenso en que, para establecer la edad de entrada a la juventud, es necesario dar prioridad a los criterios derivados de un enfoque biológico y psicológico, entendiéndose que el desarrollo de las funciones sexuales y reproductivas representa una profunda transformación en la dinámica física, biológica y psicológica que diferencia con nitidez al adolescente del niño.

En cambio, el establecimiento de las cotas superiores plantea dudas que han llevado incluso a cuestionar, por varias razones, las ventajas prácticas del criterio etario como eje de la definición operacional. La principal de ellas se refiere al carácter crecientemente difuso de las fronteras entre el mundo juvenil y el mundo adulto. En el pasado, la entrada al mundo adulto implicaba la convergencia en el tiempo de comportamientos económicos, sociales, culturales y políticos modelados según patrones de conducta bien establecidos. En ese sentido, el modelo adulto constituía un complejo de comportamientos consistentes, cuyo eje los determinaban los roles laborales y familiares. Los valores y normas que regulaban el funcionamiento de aquellos ámbitos se complementaban y reforzaban con los de otras instituciones primordiales, como la iglesia y la comunidad. Actualmente se aprecian al menos dos procesos que modifican esta situación: uno, el aumento sostenido de la proporción de personas que participan plenamente en la economía sin dejar por ello de seguir identificándose con una cultura juvenil, y dos, las incertidumbres que rodean la inserción laboral y la formación de la familia.

La disociación entre los roles productivos y la cultura adulta se explica, en parte, porque los jóvenes ya constituyen por sí mismos un mercado que crece rápidamente y que consume bienes y servicios, muchos de ellos elaborados por otros jóvenes. Pero también porque, favorecidos por ciertos rasgos emergentes del funcionamiento de las sociedades modernas, los elementos de la cultura juvenil comienzan a competir ventajosamente con elementos de la cultura adulta en cuanto orientadores de los hábitos y comportamientos de la población en general. Esas ventajas se tornan evidentes, por ejemplo, cuando se considera que la institucionalización del cambio, proceso nodal de los nuevos tiempos, va tornando más valiosas las capacidades de enfrentar con flexibilidad situaciones inéditas y de incorporar las innovaciones con rapidez. La demanda creciente de esas capacidades se traduce, entre otras cosas, en que los adultos vuelcan su mirada hacia los jóvenes en búsqueda de las actitudes apropiadas para hacer frente a las transformaciones, todo lo cual tiende a desplazar hacia la juventud el eje de la producción cultural.

El carácter brumoso de las fronteras entre el mundo juvenil y el mundo adulto también se ve acentuado por el cambio de significado de los roles adultos que entrañan la creciente incertidumbre laboral y las transformaciones en la constitución de las familias. La precariedad y la inestabilidad en el mercado de trabajo —y el debilitamiento de sus instituciones— afectan la hegemonía que tradicionalmente tuvo el mundo laboral como núcleo de formación de las identidades adultas, y contribuyen a una mayor ambigüedad del rol adulto. Un efecto similar desencadena la desarticulación de la familia tradicional y la emergencia de modelos de constitución de hogares que responden a uniones no formalizadas, como también el mayor peso relativo de los hogares inestables e incompletos, todo lo cual se traduce en una mayor proporción de niños que no conviven con sus padres biológicos.

2. La juventud en una encrucijada paradójica

Los principales signos de estos tiempos son la institucionalización del cambio y la centralidad del conocimiento como motor del progreso. Ambos factores colocan a la juventud en una posición privilegiada para aportar al desarrollo ...

Varias razones permiten afirmar que la globalización y la creciente ampliación de las fronteras de competitividad —en un escenario de acelerada incorporación de innovaciones tecnológicas— involucran un notorio impulso al aporte potencial de los jóvenes al desarrollo de sus sociedades. La principal de ellas es el destacado papel del conocimiento como motor de las transformaciones y recurso fundamental de las sociedades para enfrentar sus desafíos. La juventud es la etapa dedicada, en lo esencial, a la

adquisición de los activos que requiere el desempeño satisfactorio de los roles adultos; para ello la sociedad otorga una “moratoria de roles”, es decir, una suspensión temporal de obligaciones, que favorece tanto la flexibilidad para adaptarse a nuevas situaciones —experimentando con ellas y haciendo un balance de sus ventajas y desventajas— como la incorporación rápida de innovaciones; este proceso no enfrenta, como suele suceder entre las generaciones adultas, las resistencias provenientes de hábitos y prácticas cristalizadas o de intereses enraizados en estructuras institucionales.

Por lo tanto, en una época signada por la “institucionalización del cambio” y la “centralidad del conocimiento”, la juventud pasa a constituir el segmento de la población cuya dinámica de funcionamiento se acompasa naturalmente al ritmo de los tiempos. Lo contrario sucede con la población adulta, puesto que la celeridad de las transformaciones en el mundo de la producción reduce el valor de mercado de su experiencia acumulada y coloca sus destrezas en permanente riesgo de obsolescencia. Así, el foco de la dinámica económica se desplaza a las nuevas generaciones.

... pero, mientras el despliegue de los actuales estilos de desarrollo exige un aprovechamiento óptimo del tipo de activos que se concentran en la juventud, se da la paradoja de que aumenta la exclusión social entre los jóvenes.

Paradójicamente, sin embargo, a escala mundial se registran niveles inéditos de desempleo juvenil. Cabe preguntarse cómo se explica este hecho, cuando todo señalaba que la posibilidad de que las sociedades respondieran con éxito a los desafíos impuestos por la continua expansión de las fronteras de competitividad estribaba justamente en su habilidad para movilizar las potencialidades de la juventud. En rigor, la paradoja planteada pierde parte de su consistencia al considerarse la heterogeneidad de la juventud y su nivel de articulación en tanto actor corporativo, por una parte, y las transformaciones de la oferta de mano de obra, por otra.

La heterogeneidad entre los activos disponibles —especialmente de capital humano y capital social— de jóvenes ubicados en distintas posiciones en los sistemas nacionales de estratificación, parece estar acentuándose. Mientras un sector logra adquirir los recursos humanos y sociales necesarios para adaptarse rápidamente a las nuevas exigencias de productividad, otros ven imposibilitado su acceso a tales oportunidades. Este impedimento obedece a dos factores: primero, la velocidad con que se acumulan las demandas de este tipo de competencias parece ir más rápido que la capacidad de las sociedades para generarlas; segundo, el debilitamiento de algunas instituciones primordiales (como la familia y la comunidad), que es mayor entre los jóvenes de los hogares de ingresos bajos, se traduce en una menor aptitud de las familias para invertir en la educación de sus hijos y cumplir su rol socializador complementario del de la escuela. Un aspecto esencial de estas capacidades se refiere a la creación de condiciones que estimulan y promueven la postergación de las gratificaciones (véase el recuadro 1).

Recuadro 1

MOVILIDAD A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN: LA IMPORTANCIA DE LOS MECANISMOS DE GRATIFICACIÓN DIFERIDA

El aprovechamiento eficiente de los canales de movilidad en la sociedad actual demanda de los jóvenes una creciente capacidad de diferir la gratificación. Ello se debe a que los umbrales de acceso a los recursos necesarios para el logro de buenas posiciones ocupacionales han registrado una brusca elevación. El ejemplo más claro de ello es el sistema educativo. Investigaciones recientes señalan que en Montevideo el nivel educativo a partir del cual una mayoría de jóvenes trabajadores, entre 20 y 30 años, obtiene ingresos suficientes como para mantener una familia reducida (una esposa y un hijo pequeño) fuera de la pobreza, es de 17 años de escolaridad (mediciones similares para Montevideo en 1981, establecían ese nivel en 9 años de escolaridad, esto es, el equivalente a la finalización del ciclo básico de secundaria). El mantenimiento de un alumno dentro del sistema educativo por un período tan prolongado plantea problemas inéditos a las instituciones sociales vinculadas a los jóvenes, cuya complejidad varía según la velocidad de la expansión educativa. Sobre todo, las familias enfrentan renovadas exigencias de respaldo material y no material. En lo material, se trata de cubrir por un período más prolongado no sólo los gastos corrientes de consumo de los jóvenes y los gastos derivados de los crecientes costos de la educación, sino también de compensar de algún modo la falta de aporte de muchos de ellos. Entre los requerimientos no materiales, interesa destacar la continuidad y la fortaleza que en estos casos debe mostrar la familia para transmitir valores y sostener motivaciones. Téngase presente que para que los jóvenes desarrollen la capacidad de postergar la gratificación de necesidades inmediatas hasta alcanzar metas educativas lejanas, tanto ellos como sus padres deberán estar convencidos de que los sacrificios actuales serán adecuadamente compensados por logros futuros.

Son varios los procesos en las sociedades modernas que dificultan el desarrollo de la capacidad de diferir la gratificación entre los jóvenes. Por una parte, las claras tendencias de desarticulación familiar que surgen de los datos sobre divorcios, segundos y terceros matrimonios, nacimientos ilegítimos y uniones consensuales, apuntan a un debilitamiento de sus capacidades para prestar apoyo material y motivacional. Por otra, los mismos jóvenes están expuestos a demandas cuya satisfacción entra en conflicto con la inversión requerida en la educación. Una de esas demandas se relaciona con la más temprana iniciación en la vida sexual y el consecuente incremento del riesgo de una paternidad o maternidad prematura y no deseada, o de la consolidación de compromisos afectivos que presionan por una precoz emancipación de los hogares de origen. Otra se vincula al bombardeo constante de propuestas de consumo dirigidas específicamente a los jóvenes y que solicitan una gratificación inmediata.

La creencia en la asociación entre esfuerzo y logro está estructuralmente condicionada y se distribuye de manera diferencial a lo largo de las líneas de estratificación. En los estratos más pobres, la inmediatez de las demandas por la sobrevivencia obliga a políticas de parches orientadas a solucionar los problemas a medida que éstos se presentan, con los recursos disponibles en el momento. La pobreza extrema rara vez da el respiro necesario para la inversión continuada, o para la construcción de disciplinas, lo que reduce la posibilidad de experiencias de éxito a través de esfuerzos sostenidos en una dirección. La debilidad o ausencia de asociación entre esfuerzos y logros, bloquea el desarrollo de la capacidad de diferir la gratificación en aquellos que, por su posición social, más lo requieren.

Fuente: R. Kaztman, "Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay" (LC/MVD/R.180), Montevideo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)/Oficina de la CEPAL en Montevideo, mayo, 1999.

Otro elemento que corresponde considerar es el mayor grado de articulación institucional y política de las generaciones adultas en comparación al de las generaciones jóvenes. En una situación de creciente incertidumbre laboral, los segmentos de la población que actúan corporativamente tienden a cerrar filas en torno a la defensa de sus conquistas y, en particular, de las posiciones que alcanzaron en el

mercado. Tales acciones generan rigideces que obstaculizan tanto la plena utilización de los recursos humanos de los jóvenes como una más alta inversión del Estado en la formación de sus capacidades, originando efectos adversos para la equidad intergeneracional. Aunque en los países de la región los problemas de equidad intergeneracional no han sido investigados en profundidad, algunas señales se advierten al comparar la proporción de pobres en los distintos grupos etarios y la distribución del gasto público social (sobre todo en lo que atañe a la participación de la seguridad social y de la educación). Además, la mayor incorporación de las mujeres al mercado de trabajo está modificando un sistema familiar basado en un único “proveedor”, por otro en que ambos cónyuges perciben ingresos; la mayor participación laboral de las mujeres casadas contribuye a elevar los niveles de competencia que deben enfrentar los jóvenes en el mercado de trabajo.

3. Juventud y exclusión social: pobreza y aislamiento

El aporte de los jóvenes al funcionamiento de la sociedad no se limita a su contribución económica. Resulta esencial su participación en las instituciones como una forma de inyectarles la flexibilidad necesaria para la adaptación a los cambios y al cumplimiento de su papel en la reproducción biológica y en la socialización de las nuevas generaciones.

Desde un punto de vista estrictamente instrumental —y más allá de los aspectos normativos que conducen a elegir un estilo de desarrollo en vez de otro—, en las sociedades democráticas y en las actuales condiciones del escenario económico mundial, la meta de crecimiento requiere aprovechar al máximo el potencial de recursos humanos de un país y lograr un orden social que promueva la conjunción de esfuerzos y brinde a los actores económicos confianza en la continuidad del empeño productivo. Por cierto, la sustentabilidad de todo ordenamiento social se nutre de procesos de integración sobre bases de equidad y se debilita ante procesos de exclusión.

En la actualidad, los jóvenes de los estratos populares urbanos sufren un riesgo de exclusión social sin precedentes,¹ derivado de una confluencia de determinaciones que —desde el mercado, el Estado y la sociedad— tienden a concentrar la pobreza entre los jóvenes y a distanciarlos del “curso central” del sistema social. Entre las fuerzas que contribuyen a aumentar la pobreza juvenil se encuentran:

i) La creciente incapacidad del mercado de trabajo para absorber personas con escasas calificaciones y de garantizar la cobertura de prestaciones sociales tradicionalmente ligadas al desempeño de empleos estables; situación que afecta principalmente a los jóvenes populares urbanos.

¹ Este énfasis en la condición de las juventudes populares urbanas se justifica por varias razones. La primera es que, en la actualidad, y de acuerdo con las estimaciones del CELADE, División de Población de la CEPAL, casi el 80% de los jóvenes de la región reside en áreas urbanas, concentración que lleva consigo el grueso de la pobreza. En segundo lugar, es un hecho manifiesto que tradicionalmente la migración del campo a la ciudad representó una opción preferida por los jóvenes rurales que procuran mejorar sus condiciones de vida; de hecho, las estimaciones y proyecciones de población revelan un progresivo empequeñecimiento de las juventudes rurales en beneficio de un crecimiento de las urbanas. Por último, la situación de las juventudes populares urbanas de la región revela, con mayor intensidad y dramatismo que la de cualquier otro sector juvenil, las tensiones que genera la integración de los jóvenes a las sociedades contemporáneas, que se van conformando en respuesta a la dinámica de los nuevos estilos de desarrollo.

ii) Las dificultades de diversa índole que enfrenta el Estado para reformar la educación y los sistemas de capacitación a un ritmo ajustado a la velocidad de cambio de los requerimientos de nuevas aptitudes y destrezas.

iii) Las transformaciones de la familia contribuyen a la pobreza de las nuevas generaciones jóvenes populares urbanas, puesto que entre los estratos de menores ingresos son más frecuentes los problemas surgidos de familias incompletas e inestables, que repercuten intensa y negativamente en la socialización de los hijos; además, la falta de recursos impide compensar los efectos negativos derivados de tales problemas y se traduce en una escasa capacidad de estas familias para invertir en la educación de sus hijos y sostener su motivación en el tiempo, estimulándolos e infundiéndoles confianza en que los esfuerzos invertidos en la adquisición de conocimientos serán recompensados con el logro de sus metas.

iv) Las determinaciones anteriores alimentan el efecto “empleo” sobre la pobreza, ya que tanto las insuficiencias formativas como las rigideces del mercado de trabajo tienden a marginar a los jóvenes de las posiciones laborales mejor remuneradas.

v) También actúa un efecto “demográfico”, asociado a la emancipación temprana de jóvenes con niveles educativos relativamente bajos, lo que redundará en tasas de fecundidad más altas que las de sus pares con niveles educativos superiores; este “efecto demográfico” contribuye a concentrar la pobreza en las primeras etapas del ciclo de vida familiar.

Resumiendo los puntos anteriores, las situaciones de pobreza de los jóvenes de estratos populares urbanos parecen responder, por una parte, a la insuficiencia de las acciones del Estado y de las familias, que no logran crear condiciones favorables para que los jóvenes acumulen las calificaciones y destrezas necesarias para participar en estructuras productivas que incorporan aceleradamente innovaciones tecnológicas. Por otra parte, y dentro de un proceso en que no resulta fácil identificar causas y efectos, el abandono temprano del sistema educativo suele asociarse con el adelanto en la emancipación de los jóvenes y también con una mayor fecundidad que la de sus pares más educados, todo lo cual agrega un “efecto demográfico” a la incidencia de la pobreza en este segmento de la población.

Paralelamente a los mecanismos que favorecen el incremento de la pobreza entre los jóvenes urbanos, se activan otros que aumentan su aislamiento respecto de los demás estratos de la sociedad y que se relacionan con los procesos enunciados a continuación:

i) Segregación residencial, que consiste en una creciente concentración espacial de hogares con similares niveles de vida y cuyo resultado es una composición social homogénea de los vecindarios.

ii) Separación de los espacios públicos de sociabilidad informal (fuera del mercado), lo que reduce la frecuencia de encuentros cara a cara entre personas provenientes de distinto origen socioeconómico.

iii) Segmentación de los servicios básicos, en donde se destaca —por su importancia en la formación ciudadana— la segmentación de la educación.

Una consecuencia de la acción combinada de estos tres factores sobre la situación de los jóvenes populares urbanos es su progresivo aislamiento respecto del “curso central” del sistema social; esto es, de las personas e instituciones que ajustan su funcionamiento a los patrones modales de la sociedad. Tal aislamiento, aunado al deterioro de las instituciones básicas de socialización y de orientación normativa,

favorece una creciente exposición y susceptibilidad a la influencia del grupo de pares del entorno social inmediato.

La insuficiente participación en el sistema educativo y la precariedad de la inserción laboral impiden que estos sistemas —educación y trabajo— operen como transmisores de normas y valores que ordenan la vida cotidiana, estructuran aspiraciones y definen metas. Además, la condición inestable e incompleta de muchas familias pobres reduce su capacidad para cumplir sus papeles de socialización y de reforzamiento de las funciones de los establecimientos educativos. Por último, el aislamiento respecto del “curso central” de la sociedad deja a los jóvenes populares urbanos sin modelos cercanos y visibles de éxito (asociados al adecuado aprovechamiento de las estructuras de oportunidades) que vinculan esfuerzos y logros. A raíz de este aislamiento social —y en un contexto de hueco normativo provocado por el deterioro de las instituciones primordiales, la débil y precaria participación en la educación y el trabajo, y el distanciamiento de los modelos de éxito que vinculan esfuerzos y logros—, los jóvenes populares urbanos quedan marginados de otras influencias que pudieran brindarles algún camino para construir una identidad y apuntalar su autoestima y sentido de pertenencia comunitaria; en estas condiciones, estos jóvenes tienden a quedar relegados a las influencias que germinan en una interacción cotidiana, en las mismas calles del vecindario, con jóvenes que comparten las mismas carencias.

¿Qué metas y aspiraciones pueden plantearse los jóvenes bajo tales circunstancias? Aquí hay otra paradoja, puesto que las condiciones de exclusión social que afectan a los jóvenes populares urbanos van acompañadas de un nivel inédito de exposición a propuestas masivas de consumo, que confieren una centralidad igualmente inédita a la cultura juvenil en la sociedad. Todo ello define una situación de anomia estructural, en la cual los jóvenes tienen una relativamente alta participación simbólica en la sociedad, que modela sus aspiraciones, y una participación material que impide la satisfacción de esas aspiraciones por cauces legítimos. La combinación de estos elementos contribuye a la formación de subculturas marginales, pandillas y barras, que generan sus propios códigos y están fuertemente expuestas a la incorporación de los hábitos y comportamientos emergentes —y socialmente disruptivos, como la drogadicción y la violencia— de las situaciones de marginalidad y exclusión social. La cristalización de las subculturas marginales no sólo impide que los jóvenes aporten al funcionamiento de la sociedad sino que deteriora la trama social, creando el estigma de “clases peligrosas” que incentiva la deserción de las clases medias de los ámbitos públicos, erosiona las normas de convivencia y, en última instancia, origina una sinergia negativa de refuerzo progresivo de la segregación y la segmentación social.

4. Los jóvenes y las inequidades de la reproducción biológica y social

La divergencia en las trayectorias de emancipación de los jóvenes de distintos estratos sociales se relaciona con las diferencias en los patrones de comportamiento reproductivo, que terminan descargando el mayor peso de la reproducción biológica y social de la población sobre los jóvenes de estratos populares urbanos.

Si bien con excepciones, los jóvenes provenientes de distintos estratos socioeconómicos muestran trayectorias de emancipación diferentes. Una, más tardía y con baja fecundidad, propia de los sectores medios y altos; otra, con abandono temprano de los estudios, maternidad adolescente y mayores tasas de fecundidad, propia de los sectores menos pudientes. Un sector de la juventud tiende a responder a las exigencias de acumulación de conocimientos emanadas del mercado de trabajo y prolonga sus estudios

mucho más que en el pasado, mientras que otro, por diversas causas, tiende a desertar del sistema educativo antes de alcanzar los umbrales necesarios para una inserción adecuada en el mercado laboral. Pese a que las diferencias entre estas trayectorias varían de país a país, todo hace suponer que la continuidad de los procesos socioeconómicos antes señalados contribuirá a ampliar las diferencias entre ambos grupos polares.

En la medida en que afecta la forma como se distribuye la carga de la reproducción biológica y social entre los distintos grupos socioeconómicos, esa situación polar tiene importantes implicaciones para la sustentabilidad del desarrollo equitativo. Debe tenerse en cuenta que, pese a los notables avances educativos de la mujer —reflejados en sus altas tasas de matrícula y sus muy crecientes promedios de años de estudio—, la mayoría de los niños latinoamericanos son concebidos y criados por madres que no han superado la educación primaria y cuyo nivel de fecundidad generalmente duplica el de las mujeres con educación media y alta.

En suma, los sectores más pobres son los que cargan con el grueso de la constitución de los nuevos hogares y, por ende, de la reproducción biológica y social de los países de la región. En cambio, las mujeres no pobres —y, en particular, aquellas que acumularon activos que permiten generar expectativas razonables de acceso a las estructuras de oportunidades de la modernidad— postergan su emancipación y ajustan su fecundidad a niveles compatibles con su creciente participación en la actividad económica y con los costos de una socialización que brinde a sus hijos un futuro similar o mejor al que ellas alcanzaron.

Lo anterior significa que las sociedades se están privando de buena parte de la contribución potencial de quienes acumularon mayores recursos físicos, humanos y capital social, al perfil de las nuevas generaciones. Como contrapartida, implica que la mayor parte de los niños son criados en hogares con una relativamente menor capacidad de socialización. La región ya cuenta con suficiente información sobre estos temas como para comenzar a delinear una política sociodemográfica dirigida a contrarrestar esta fuente de inequidad social. Como es sabido, un requisito para reducir las metas reproductivas y controlar la reproducción no deseada es la educación, materia en la cual se está avanzando a buen ritmo. La atención de la salud sexual y reproductiva —sujeta a la libre decisión de los individuos, adaptada a las necesidades y los intereses de los jóvenes y sometida a criterios de equidad social— es una condición necesaria para tal propósito.

La clave para estimular la participación de los jóvenes en una reproducción biológica y social más consonante con un mejoramiento de su inserción social —compatible, a su vez, con el objetivo de un desarrollo más equilibrado de la sociedad— es más compleja, puesto que aparentemente se relaciona con la formación de proyectos de vida diferentes de los que actualmente se construyen los jóvenes populares urbanos. Es necesario crear condiciones que faciliten un ingreso oportuno y apropiado al mercado de trabajo y a la formación de hogares, brindando certidumbres acerca de un futuro que actualmente nadie puede garantizar. Más que medidas sectoriales específicas, para avanzar en tal dirección parece necesario generar una toma de conciencia amplia sobre la importancia del problema, incorporándolo como un matiz siempre presente en la orientación y diseño de las políticas de educación, empleo y vivienda, y de las relacionadas con la distribución de las transferencias que hace el Estado a los hogares, sobre todo, y como es obvio, las dirigidas específicamente a la juventud.

B. LOS CAMBIOS EN LAS CONDICIONES DE VIDA DE LOS JÓVENES

1. Juventud, transición demográfica y movilidad territorial

Durante la segunda mitad del siglo XX, y con grandes variaciones entre los países —derivadas de la heterogeneidad de la transición demográfica—, la proporción de jóvenes de 15 a 29 años dentro de la población total llegó a su máximo (28.5%) en 1990. Si bien la baja de la fecundidad impulsará el descenso de esta proporción en el futuro, hasta llegar a 24% en el año 2020, el tamaño absoluto de la población joven seguirá aumentando en los países de transición moderada e incipiente y también —por lo menos en el primer decenio del siglo XXI— en los que se encuentran en plena transición y reúnen el grueso de la población regional. Amén de sus efectos sobre la demanda potencial de servicios sociales (básicamente, educación y salud), estas tendencias entrañan importantes desafíos tanto para la incorporación de los jóvenes en forma productiva y creativa, como para su participación social, política y cultural (véase el recuadro 2).

Recuadro 2

LOS JÓVENES Y EL CONTEXTO DEMOGRÁFICO

Durante las etapas iniciales de la transición demográfica, y especialmente en el período de declinación de la fecundidad, los jóvenes se desenvolvían en sociedades que, como un todo, eran también eminentemente jóvenes. Así, mientras el 50% de la población regional tenía menos de 19 años en 1970; en el año 2000 esta fracción corresponde a casi los 25 años. En el futuro, la persistente baja de la fecundidad repercutirá en un acelerado envejecimiento demográfico: la edad mediana de la población se empinará sobre los 30 años en 2020 y se acercará a los 40 años en 2050; el número de jóvenes (15 a 29 años) por cada cien adultos (30 a 64 años) descenderá de 80 en 2000 a 56 en 2020 y a 46 en 2050. La relación entre jóvenes y adultos mayores (65 años y más) se reducirá de manera aún más dramática: de 520 jóvenes por cada 100 adultos mayores bajará a 290 en 2020 y sólo a 80 en 2050. Por lo tanto, el avance de la transición demográfica hará que los jóvenes se inserten en un medio donde predominarán los adultos y los adultos mayores, con una presencia cada vez menor de niños. Estos profundos cambios del contexto demográfico pueden incidir en las expectativas de comportamiento y en las demandas respecto del desempeño de los jóvenes. Es posible que éstos, en virtud de un más alto grado de calificación y de su potencial para absorber las innovaciones, asuman una posición protagónica en la sociedad, aunque también es probable que tiendan a emular las conductas de los adultos. Una hipótesis alternativa es que los cambios en los mercados de trabajo (y de las mayores exigencias de conocimientos) y la relativa escasez de jóvenes propicien la extensión del período de transición a la vida adulta.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

La constatación del considerable peso relativo de los jóvenes conlleva diversas interrogantes sobre las ventajas y desventajas de esta situación. Si bien ese balance debe considerar tanto las características de aquel segmento de la población como los atributos de las estructuras nacionales de oportunidades, toda evaluación deberá depender de las orientaciones de valor de los actores que la efectúen. Así, enfrentados a sociedades con estructuras sociales relativamente cerradas y mercados de trabajo con escasa capacidad de absorción de empleo, algunos verán en tan alto peso relativo de los jóvenes una amenaza a su estabilidad, y es posible que conciban la migración internacional como una válvula de escape a las tensiones sociales generadas por una juventud frustrada en sus aspiraciones de movilidad. En cambio, otros actores evaluarán esa proporción como una posibilidad de transformar

estructuras caducas e incorporar mayor flexibilidad y conocimientos actualizados al funcionamiento de las instituciones, lo que equivale a abrir una “ventana demográfica de oportunidades” asociadas al mejoramiento de la relación entre activos y pasivos.

Los jóvenes tienen diferentes formas de reaccionar ante lo que perciben como ausencia de opciones para el mejoramiento de sus situaciones de bienestar. Una de ellas es abandonar su lugar de origen en busca de contextos más favorables; como lo muestra la rápida urbanización que experimentaron los países de la región en las últimas décadas, las ciudades han sido el destino predilecto de los jóvenes. Motivados por las oportunidades de acceso a capacitación, empleo, servicios y formas variadas de esparcimiento —y también por las posibilidades de tomar un contacto más rápido y directo con las transformaciones tecnológicas que sacuden al mundo— los jóvenes se han concentrado en las áreas urbanas de la región, donde reside casi el 80% de la juventud. En varios países (Bolivia, Brasil, Ecuador, Guatemala y México, entre otros) que tienen fronteras internas en expansión, los jóvenes —principalmente varones— son atraídos por las oportunidades que allí se ofrecen y se comportan como pobladores pioneros; sin embargo, la información disponible permite sospechar que estos asentamientos de “colonización” son relativamente inestables. En cambio, la atracción ejercida por las ciudades, especialmente para las mujeres jóvenes, tiene un carácter más permanente. Si bien el vigor de la inmigración a las ciudades de mayor tamaño demográfico ha venido declinando con el paso de los años, los centros urbanos de tamaño intermedio se han convertido en alternativas de creciente importancia para la radicación de los grupos juveniles.

Un porcentaje menor de la juventud latinoamericana y caribeña migra fuera de las fronteras de sus países, preferentemente a los vecinos. Esos movimientos constituyen, sin duda, una importante señal para los gobiernos respecto de las restricciones de las estructuras de oportunidades nacionales en comparación a las oportunidades que ofrecen otros países. Más aún, el conocimiento de los perfiles de los emigrantes ayuda a identificar los segmentos de la población más afectados por las carencias relativas nacionales (véase el recuadro 3); así, el predominio de quienes buscan empleo, mayores remuneraciones o mejores calificaciones (o conocimientos) mostrará el peso relativo que en la motivación de los emigrantes tienen, respectivamente, las carencias en el mundo del trabajo, en los ingresos o en el sistema educativo del país de origen. En su conjunto, la migración internacional de los jóvenes latinoamericanos se mantiene dentro de márgenes estrechos: alrededor de 1990 poco más del 2% de la población latinoamericana y caribeña de 15 a 24 años registraba su residencia en un país distinto al de su nacimiento; sin embargo, el número absoluto de migrantes era un 35% mayor que el registrado en el decenio anterior y casi todo este aumento se debió a la absorción migratoria de los Estados Unidos, donde el número de jóvenes oriundos de la región virtualmente se duplicó.

Recuadro 3**LA NECESIDAD DE MEJORAR LA INFORMACIÓN SOBRE MIGRACIÓN INTERNACIONAL**

No obstante los importantes avances en el aprovechamiento de la información censal, uno de los problemas más serios que enfrenta el conocimiento de los fenómenos de migración internacional en la región es la dificultad para dar seguimiento a los flujos. En un mundo crecientemente globalizado, donde todo hace anticipar una creciente movilidad del trabajo y de la búsqueda de mejoramiento de calificaciones fuera de las fronteras nacionales, resulta imprescindible invertir en el perfeccionamiento de las fuentes de datos. A medida que los flujos entre países se hacen más densos y diversos, se hace necesario enriquecer el contenido de esas fuentes con nuevas variables que mejoren la confiabilidad y la oportunidad de la información cualitativa sobre los movimientos internacionales de población. Tales medidas son un requisito imprescindible para alimentar las políticas intergubernamentales respecto de estas materias.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

2. El carácter elusivo de los progresos de la educación

La creciente centralidad del conocimiento en la transformación de las estructuras productivas hace que los logros educativos de los jóvenes se asocien, hoy más que nunca, a sus expectativas de bienestar. Más allá de la virtual universalización de la educación de primer nivel, los datos sobre la evolución de la cobertura de la enseñanza secundaria y terciaria en los últimos 30 años dan pie para un moderado optimismo. Si bien los recursos humanos juveniles experimentaron un aumento sostenido, simultáneamente se registró una continua elevación de los umbrales de reclutamiento para los mismos puestos de trabajo que antaño imponían exigencias menores; aunque este cambio produjo una devaluación de la educación —en el sentido de reducir las remuneraciones de individuos con similares logros educativos—, la incorporación de mano de obra más calificada y con más conocimientos formales contribuyó a incrementar la productividad de la economía. Los avances en el conocimiento permitieron también que hombres y mujeres jóvenes se manejaran con una racionalidad mayor en las decisiones sobre sus proyectos, y es dable atribuir a tales avances una responsabilidad en el descenso generalizado de la fecundidad.

No obstante estas señales de progreso, otros aspectos conducen a aminorar el entusiasmo. El primero es que, a pesar de la expansión educativa, la mayoría de los países de la región no logró reducir la pobreza por debajo de los niveles registrados en 1980. Más aún, su incidencia sigue siendo mayor en las primeras etapas del ciclo de vida familiar, por lo que afecta más a los hogares dirigidos por jóvenes, que debieran ser los principales beneficiarios de aquellos progresos. Parte de la explicación de este desajuste radica en el sostenido aumento de los requerimientos educativos para acceder a empleos, que ha ido acompañado de ingresos que sólo permiten una razonable expectativa de mantener una familia pequeña (pareja con uno o dos hijos) fuera del umbral de la pobreza. Es decir, los mayores logros educativos parecen haber sido suficientes para otorgar más racionalidad a las decisiones reproductivas, estimulando una baja consistente de la fecundidad; sin embargo, la mera reducción del número de hijos de padres provenientes de hogares pobres que han logrado un mayor grado de educación no ha sido suficiente para escapar a la pobreza. Es decir, la gran expansión de la educación y el considerable

descenso de la fecundidad no bastaron para levantar la pesada hipoteca social que representa la pobreza en vastos segmentos de la población de la región.

El segundo aspecto que induce cierto pesimismo respecto de la contribución de los progresos educativos al bienestar presente y futuro de la juventud de la región está en las diferencias cualitativas de la educación. La masificación de la educación fue a parejas con una reducción de la calidad de sus resultados. Para mantener esa calidad se necesitaba no sólo un crecimiento del gasto público que acompañara la ampliación de la cobertura, sino también recursos adicionales para enfrentar la nueva tarea de educar a adolescentes y jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos. Estos jóvenes llegaban a los establecimientos educacionales con un legado de hábitos y un conocimiento deficitario con respecto a las generaciones escolares anteriores, cuya mayoría contaba en sus hogares —por su origen socioeconómico— con una acumulación de activos que complementaban los esfuerzos educativos (véase el recuadro 4).

Recuadro 4

CALIDAD Y SEGMENTACIÓN DE LA EDUCACIÓN

El deterioro de la calidad de la educación pública motivó la deserción de amplios sectores, que procuraron adquirir en el mercado (establecimientos educacionales privados) los conocimientos que permitieran a sus hijos formarse una imagen de futuro compatible con las nuevas condiciones de la economía. La consecuente segmentación de la educación tuvo y tiene por lo menos dos consecuencias graves. La primera es que priva a la educación pública del interés y apoyo directo de aquellos que tienen "voz" en la sociedad, lo que contribuye a ampliar la brecha de calidades educativas. La segunda es que priva a los estudiantes provenientes de hogares de escasos recursos de la oportunidad de un contacto cotidiano, y en condiciones de igualdad, con sus pares de estratos sociales medios y altos. Estos contactos favorecen un mayor aprendizaje —fruto del intercambio de información entre estudiantes que acarrean experiencias y conocimientos distintos— y brindan una oportunidad única a los que pertenecen a hogares con escaso clima educativo y cultural de adoptar algo de la disciplina de trabajo, hábitos de estudio, expectativas de movilidad y motivación por la construcción de un futuro de aquellos que sí cuentan con ese patrimonio. Esas actitudes y comportamientos forman parte de un síndrome, cuyos efectos se traducen, por ejemplo, en la "normalidad" con que los jóvenes de los estratos medios perciben los estudios universitarios como una continuación "natural" de los estudios secundarios.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

A medida que la opinión pública advierte las diferencias de calidad en los logros vinculados a trayectorias educativas paralelas pero segmentadas, y la desigualdad de los retornos económicos asociados a esos logros, la estratificación de los circuitos educativos se hace crecientemente visible. Esta percepción no hace más que ampliar los márgenes de frustración de los jóvenes que reciben una educación pública devaluada y desestimula posteriores inversiones en la acumulación de conocimientos. En rigor, la consolidación de canales educativos segmentados puede constituirse en un reparo a la legitimidad de los medios que la sociedad propone para integrar a sus ciudadanos y mejorar sus condiciones de bienestar. Aunque tales problemas pertenecen a las áreas más duras de la política social, un examen del contenido y de los avances de algunas reformas educativas que están poniéndose en práctica en la región permite abrigar la esperanza de poner atajo a estos procesos y, eventualmente, revertirlos.

3. La inseguridad laboral de los jóvenes

A lo largo de los últimos 20 años, el empleo en la región ha experimentado transformaciones caracterizadas por un aumento de la precariedad laboral. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), 6 de cada 10 nuevos puestos de trabajo creados en los años noventa corresponden al sector informal y los 4 restantes al sector moderno; el Estado, acotado en su funcionamiento por las reformas que acompañaron el ajuste fiscal, redujo drásticamente su papel en la absorción de mano de obra y no generó empleo en aquellos años, agravando el desempleo juvenil (véase el recuadro 5).

Recuadro 5

DESEMPLEO Y DESIGUALDAD SOCIAL ENTRE LOS JÓVENES

Existe consenso en cuanto a que la disponibilidad de un empleo estable y de buena calidad es una dimensión fundamental de las condiciones de vida de las personas. La información existente muestra que el desempleo y el subempleo en la región son estructuralmente más altos entre las mujeres y los jóvenes. En la mayoría de los países, el desempleo juvenil duplica el desempleo total y triplica el de los adultos. Tales proporciones se han mantenido por largo tiempo y sin mayores cambios durante las coyunturas de expansión o de contracción de la economía, aunque difieren según el estrato social al que pertenecen los jóvenes.

En el Panorama social de América Latina. Edición 1998 de la CEPAL se analiza el desempleo de los jóvenes según el nivel de ingreso de sus hogares y se indica que durante el período 1990-1997 "... la relación entre las tasas de desempleo predominantes en el cuartil más pobre y en el más rico ha venido aumentando en 8 de los 12 países estudiados ... Esta relación apunta al hecho de que el peso del desempleo global está recayendo principalmente en estos grupos vulnerables ... el desempleo entre los jóvenes que no asisten a establecimientos educativos se da con mayor severidad en los hogares de bajos ingresos".

Un examen de la información de las encuestas de hogares de 15 países permite advertir que los jóvenes de 15 a 24 años, que no estudian ni trabajan, representan entre el 12% y el 40% en los hogares pobres y entre el 2% y el 10% en los hogares de más elevados ingresos. También se aprecia que los jóvenes que no asisten a la escuela y tienen menos de 10 años de educación —grado mínimo para acceder a puestos de trabajo urbanos que involucran niveles de productividad y retribución asociados a condiciones aceptables de bienestar— constituyen entre el 38% y el 82% del total en los hogares del cuartil más bajo de ingresos.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000; y CEPAL, *Panorama social de América Latina, 1998* (LC/G.2050-P), Santiago de Chile, 1999. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.4.

No obstante sus notorios avances en la calificación formal, los jóvenes se vieron seriamente perjudicados por estos cambios y sus expectativas de obtención de empleos estables con cobertura de seguridad social debieron replegarse ante el crecimiento del desempleo y la expansión de la informalidad. Sin capacidad para articular defensas gremiales ni reivindicaciones generacionales, un segmento importante de la juventud prolongó su dependencia de sus hogares de origen, colaboró en sus estrategias de sobrevivencia, se incorporó intermitentemente al mercado mediante contratos de corto plazo y se refugió en la compañía de su grupo de pares afectados por la misma situación, postergando, sin límite visible, sus aspiraciones y expectativas de asumir roles adultos.

En la medida en que los países de la región se integraron a la globalización, expandiendo las fronteras de la competitividad, debieron hacerse cargo de procesos de flexibilización en el uso de sus recursos fundamentales, para cuyo efecto promovieron reformas educativas y se esforzaron en consolidar sistemas eficientes de capacitación. Con ello, confían en generar condiciones propicias que proporcionen a los jóvenes herramientas útiles para desempeñarse en un mundo en que lo único constante parece ser la aceleración del cambio. Dado que la aplicación de estas iniciativas es muy reciente, y que hay amplio acuerdo en que configuran procesos de lenta maduración, una evaluación rigurosa de sus resultados sería prematura. Mientras tanto, todos los países, incluidos los desarrollados, enfrentan la difícil tarea de encontrar caminos que permitan disociar la necesaria flexibilidad —exigida por la apertura de los mercados— de sus consecuencias negativas sobre la precariedad laboral.

C. JUVENTUD, REPRODUCCIÓN Y EQUIDAD

1. Trayectoria reproductiva: importancia para las personas, las parejas y la sociedad

La mayor parte de los individuos logra desarrollar una trayectoria reproductiva que, si bien alcanza su manifestación más evidente en el nacimiento de un(a) niño(a), comprende varios componentes relacionados con el comportamiento sexual, la conducta nupcial, las pautas de regulación de la fecundidad, las patologías o daños asociados a la actividad sexual o al embarazo/parto y la fecundidad. La trayectoria reproductiva presenta cotas de orden biológico —más nítidas en el caso de las mujeres, sujetas a hitos evidentes de comienzo (menarquía) y fin (menopausia)— tanto porque sólo durante un lapso de su vida las personas son capaces de procrear como porque para ello requieren de un sustrato fisiológico idóneo.

Dentro de los límites impuestos por las cotas biológicas, la trayectoria reproductiva se ve afectada por fuerzas económicas, sicosociales y culturales de naturaleza muy diversa, entre las que cabe señalar: i) los sentimientos y deseos de los individuos y de las personas; ii) los raciocinios personales sobre los costos y beneficios de determinadas decisiones; iii) las definiciones socioculturales sobre lo aceptable, lo censurable y lo sancionable; iv) las opciones materiales disponibles para ejercer algún control sobre la trayectoria reproductiva y sobre sus eventuales consecuencias para la salud. Estas fuerzas determinan el desarrollo de los componentes de la trayectoria reproductiva y el momento y la forma de algunos de sus hitos claves, como: i) el inicio de las relaciones sexuales; ii) el comienzo y el rompimiento de las uniones; iii) el uso de procedimientos (patrones de conducta o medios especialmente diseñados) para regular la fecundidad y evitar riesgos de salud asociados a la actividad sexual y el parto; iv) el calendario y la intensidad de la fecundidad.

Por su carácter eminentemente social, la trayectoria reproductiva se configura mediante conductas —que se deciden o en ocasiones más bien “suceden”— en los ámbitos sexual, nupcial, anticonceptivo y de fecundidad. Asimismo, cada uno de estos comportamientos entraña riesgos específicos de salud física o mental. Cabe destacar el creciente reconocimiento de los derechos de los individuos y las parejas para decidir libre e informadamente sobre las conductas que dan forma a su trayectoria reproductiva (Langer, Nigenda y García, 1999); este aspecto es crucial, pues las decisiones sobre la trayectoria reproductiva están entre las más relevantes que toman las personas y constituyen uno de los eslabones principales de sus trayectorias de vida, aunque las relaciones entre ambas trayectorias no son forzosamente armónicas. Así, el grado de dominio que los individuos ejercen sobre su trayectoria

reproductiva expresa el ejercicio de sus derechos reproductivos y revela su capacidad de integrarla funcionalmente en su proyecto de vida.

La reproducción biológica no sólo es relevante para los individuos, sino también para la sociedad, ya que constituye la única fuerza capaz de prolongar su existencia más allá de la de sus miembros.² Si bien la reproducción biológica contiene implicaciones específicas para cada comunidad —dinamismo demográfico, renovación y recambio de cohortes, aumento de las demandas de consumo y servicios, y otras—, su condición de único mecanismo para la supervivencia colectiva hace que las decisiones individuales en esta materia adquieran un sentido distinto a escala social; ello puede conducir, incluso, a enfrentamientos —ya sea por niveles muy altos o muy bajos de reproducción biológica— entre las expectativas y las opciones de las personas (y las parejas) y las de la sociedad. De allí que en la elaboración de políticas relativas a la reproducción deba tenerse presente, al menos, estos dos ámbitos: el individual y el colectivo, pues la valoración de las decisiones reproductivas suele diferir entre ellos y puede incluso ser contrapuesta.

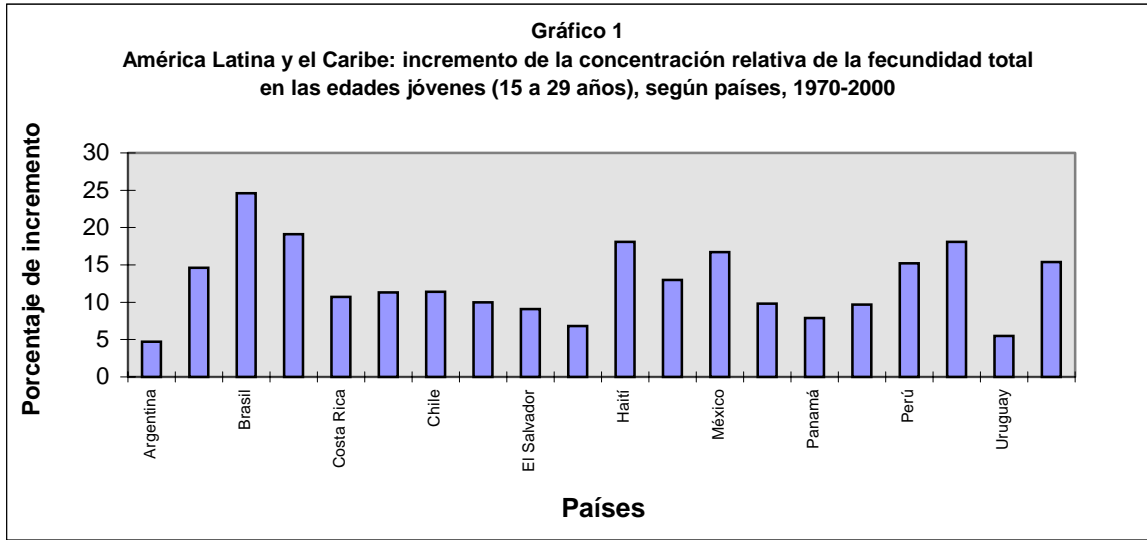
2. Los jóvenes y la reproducción: especificidades y rasgos sobresalientes

Las observaciones anteriores sobre la trayectoria reproductiva resultan particularmente aplicables a la realidad de la juventud latinoamericana y caribeña. En primer lugar, una fracción significativa de la reproducción biológica —60% o más— tiene lugar cuando las personas son jóvenes, por lo que las decisiones reproductivas que se adoptan en esta etapa virtualmente determinan sus niveles de fecundidad definitivos. De manera análoga, las decisiones reproductivas que adopten los jóvenes moldearán el perfil demográfico futuro de los países de la región, especialmente porque en todos ellos ha tendido a aumentar el peso relativo de las tasas específicas de fecundidad juvenil sobre la fecundidad total en los últimos 30 años³ (véase el gráfico 1).

En segundo término, durante la juventud los espacios para la integración funcional de la trayectoria reproductiva en los proyectos de vida individuales son más restringidos que durante la adultez, ya que los jóvenes están en plena elaboración de esos proyectos —o están erigiendo sus cimientos— mediante la acumulación de activos, recursos, capital humano y experiencia. En las etapas más tardías del ciclo de vida tales proyectos ya están definidos e incluso relativamente avanzados, por lo que los individuos pueden identificar claramente la compatibilidad de sus opciones reproductivas con esos planes.

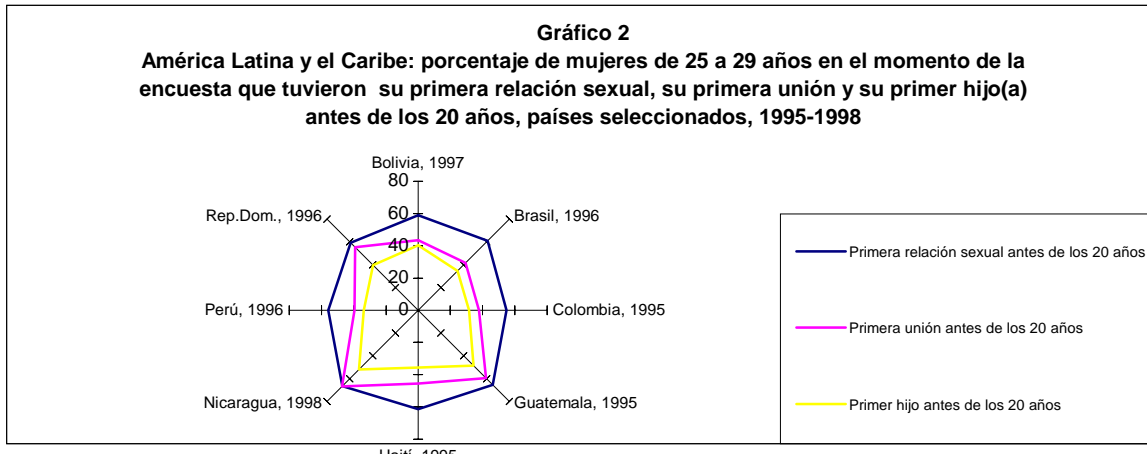
² En el caso de comunidades específicas, la inmigración es otro procedimiento que puede permitir su persistencia en el tiempo; sin embargo, la migración no sirve para tales efectos cuando se trata de la comunidad global.

³ Este fenómeno es típico de procesos de transición demográfica en que el descenso de la fecundidad es más acelerado entre las mujeres de 30 años y más. Sin embargo, como lo ilustra la experiencia europea reciente, esta tendencia puede experimentar reversiones. En el marco de la denominada segunda transición demográfica (Lesthaeghe, 1998 y 1995), las mujeres europeas —y también las de algunas naciones asiáticas industrializadas—, han aplazado significativamente la edad a la que se unen y, en concomitancia, han retrasado la edad a la que tienen su primer hijo (Schoenmaeckers y Lodewijckx, 1999), lo que en algunos casos ha conducido a un repunte relativo (e incluso absoluto en algunos países) de la fecundidad entre los 30 y los 34 años (Naciones Unidas, 1998).



Fuente: CELADE, cálculos basados en estimaciones y proyecciones de población vigentes.

En tercera instancia, en la juventud suelen ocurrir los hitos más significativos de la trayectoria reproductiva de las personas. Además de constituir el período de la vida en que se concentran los nacimientos, entre los 15 y los 29 años la mayor parte de las personas comienzan su actividad sexual y se exponen a contraer enfermedades de transmisión sexual —incluido el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA)—, forma su primera unión estable, adquiere conocimientos sobre medios anticonceptivos y se convierte en usuario de los mismos. La información disponible para la región indica que antes de los 20 años la mayor parte de las mujeres se iniciaron sexualmente, que una fracción algo inferior a la mitad ya se unieron y más de un tercio fueron madres (véase el gráfico 2).



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS), respectivas.

En cuarto orden, las condiciones en que los y las jóvenes alcanzan los hitos reproductivos mencionados suelen serles adversas, debido a la conjunción de dos tipos de factores. Uno es la inexperiencia, atribuible tanto a su propia calidad de neófitos o de recién iniciados en materias sexuales y reproductivas como a una madurez psicológica y emocional en proceso de consolidación, sobre todo en el caso de los y las adolescentes; esta inexperiencia hace que sus conductas reproductivas sean más riesgosas y puedan conducir a embarazos por decisiones apresuradas, o derivar en enfermedades venéreas a causa de su desconocimiento sobre prevención. El segundo factor surge del conjunto de normas y valores que sancionan negativamente la actividad reproductiva durante la adolescencia y la juventud, en particular si ocurre fuera del matrimonio o la unión; por ello, los muchachos y muchachas suelen ocultar a sus mayores su condición sexualmente activa y frecuentemente ven impedido su acceso a medios de regulación de la fecundidad y a los dispositivos de profilaxis contra las enfermedades venéreas, aumentando el “riesgo” de sus conductas sexuales y reproductivas.

En último lugar, pero no menos importante, durante la juventud —más que en cualquier otra etapa del ciclo de vida— los individuos experimentan una permanente tensión entre su condición de “sustentadores” de la reproducción biológica de su comunidad y las crecientes presiones que la sociedad impone en orden a que extiendan el período de dedicación exclusiva a la acumulación de conocimientos, desarrollo de habilidades y adquisición de experiencia. Además, los y las adolescentes se hallan sometidos a fuerzas contrapuestas: su exposición cada vez mayor a los mensajes que estimulan el ejercicio de la sexualidad desligado de la procreación, choca con los vetos sociales de diverso tipo que tienden a negarles su condición de sexualmente activos o a impedirles el acceso a servicios de salud reproductiva. Así, un grupo importante de adolescentes sexualmente activas(os) carecen de acceso a información, educación y servicios de salud sexual y reproductiva (véase el cuadro 1), lo que les impide ejercer sus derechos reproductivos y atenta contra su integridad fisiológica y sus proyectos de vida (véase el recuadro 1). De hecho, las agudas diferencias en materia reproductiva entre los y las adolescentes de la región y los de Europa occidental no radican en su iniciación sexual sino en la temprana edad a la que comienzan su reproducción. Mientras no menos de un 15% de las muchachas latinoamericanas y caribeñas de 18 y 19 años han sido madres antes de los 18 años, en los países de Europa occidental —según los datos de las Fertility and Family Survey (FFS) que realiza la Comisión Económica para Europa (CEPE) y el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP)— esta proporción no supera el 5% (véase el gráfico 3).

Cuadro 1

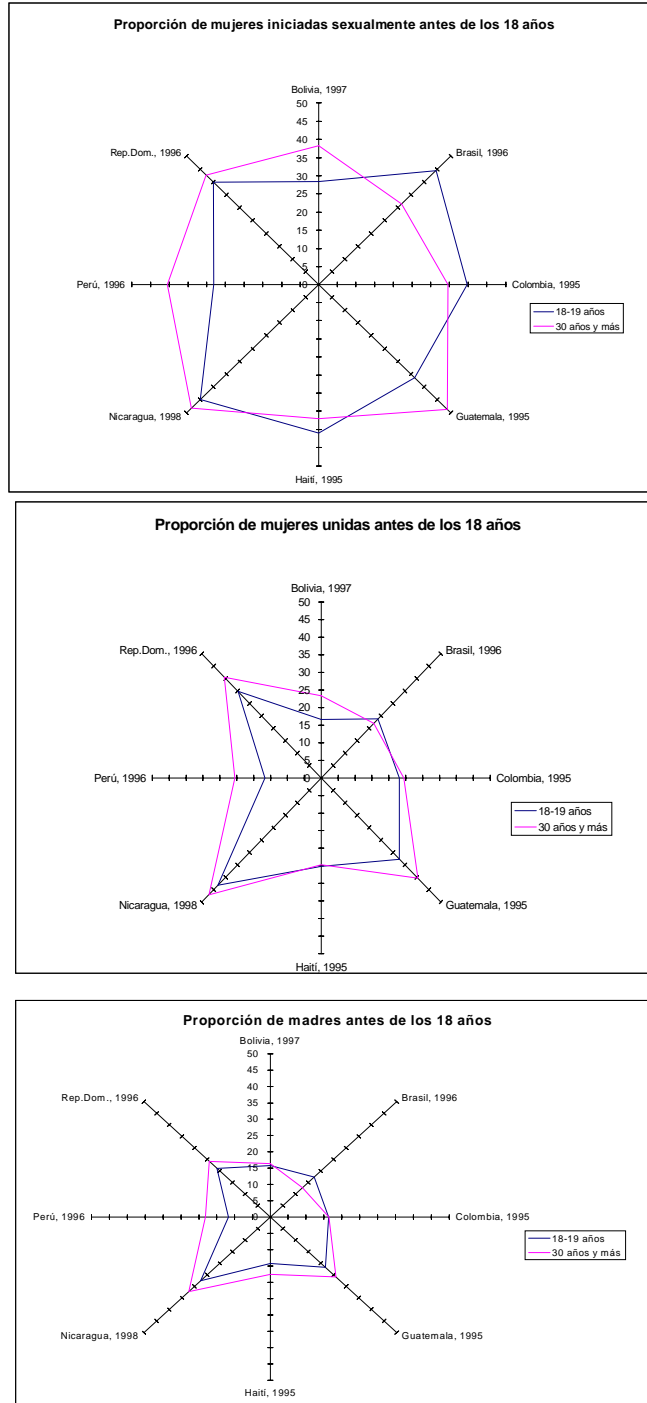
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES ADOLESCENTES (15 A 19 AÑOS DE EDAD AL MOMENTO DE LA ENCUESTA) USUARIAS DE MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS SEGÚN PAÍSES. TOTAL, UNIDAS Y NO UNIDAS SEXUALMENTE ACTIVAS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1987-1998

País/ Fecha de la encuesta	Total	Unidas	No unidas sexualmente activas
Belice (1991)	..	26.2	..
Bolivia (1998)	5.1	31.1	63.5
Brasil (1996)	14.8	54.0	65.9
Colombia (1995)	10.9	50.9	67.0
Costa Rica (1990)	2.6	52.0	66.0
República Dominicana (1996)	10.1	35.1	57.7
Ecuador (1988)	3.0	15.3	..
El Salvador (1994)	..	22.5	..
Guatemala (1995)	2.8	12.1	41.7
Guyana (1992)	..	18.1	..
Haití (1995)	3.6	10.5	24.3
Honduras (1996)	..	27.6	..
Jamaica (1993)	29.3	58.8	..
México (1996)	7.7	43.5	..
Nicaragua (1998)	11.3	39.9	23.7
Paraguay (1998)	..	47.1	..
Perú (1996)	7.5	46.0	69.8
Suriname (1992)	..	29.6	..
Trinidad y Tabago (1987)	9.7	42.4	42.9
Venezuela (1998)	10.3	59.6	40.0

Fuente: J. Guzmán, R. Hakkert y J. Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, 2000, inédito.

.. No disponible.

Gráfico 3
 AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: COMPARACIÓN DE LA TRÍADA REPRODUCTIVA ANTES DE LOS 18 AÑOS ENTRE LA COHORTE DE MUJERES DE 18-19 AÑOS Y 30-49 AÑOS EN EL MOMENTO DE LA ENCUESTA, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS), respectivas.

3. Juventud y reproducción: principales tendencias en América Latina y el Caribe

Pese a la creciente concentración de la fecundidad durante la juventud, la evidencia señala que las tasas de fecundidad juveniles han tendido a caer en los últimos 30 años, en el marco del descenso generalizado de la fecundidad en la región; ello permite suponer que las nuevas generaciones disponen de más opciones para armonizar sus proyectos de vida con sus trayectorias reproductivas. Pero este signo alentador en materia de ejercicio de derechos reproductivos encuentra un mentís en las jóvenes que —a raíz de las presiones y exigencias sociales— no pueden concretar sus aspiraciones reproductivas (CEPAL-CELADE, 1998). La evidencia disponible indica que muchas jóvenes de la región declaran un número deseado de 2 a 3 hijos —cifra bastante homogénea entre y dentro de los países—; sin embargo, de acuerdo con las tendencias previstas de la fecundidad, muchas de ellas no lograrían concretar esa cantidad.⁴

La fecundidad adolescente sigue siendo objeto de preocupación, tanto porque presenta una mayor resistencia a la baja —incluso registra alzas de duración variable según el país— como porque entraña importantes dificultades para los niños, los progenitores y sus familias (véase el recuadro 1). Una hipótesis invocada para explicar la resistencia a la baja de la fecundidad entre los y las adolescentes, atribuye este hecho a la creciente permisividad sexual de las sociedades. La evidencia empírica es ambigua en el respaldo a esta hipótesis: si bien hay señales de mayor liberalidad sexual —muchas de ellas más bien cualitativas, como el tratamiento más explícito de temas sexuales en los medios de comunicación o en el seno de la familia, el relajamiento de las sanciones sobre determinados comportamientos sexuales, y otras—, las cifras indican que en la mayor parte de los países de la región las adolescentes actuales se inician, casan y tienen su primer hijo a edades superiores que sus madres. Detrás de esta paradoja se esconde un cambio cualitativo, pues la iniciación sexual temprana del pasado —propia de estados incipientes de transición demográfica— iba ligada a una unión y a una reproducción biológica tempranas; por lo mismo, el retraso de la iniciación sexual registrado en las últimas décadas se debe a la postergación de la unión.

El gráfico 3 proporciona algunos antecedentes empíricos adicionales al análisis de estas tendencias. De modo generalizado —excluido Brasil, cuya tasa de fecundidad adolescente ha aumentado en las últimas décadas—, la proporción de mujeres que se unieron y tuvieron su primer hijo antes de los 18 años es menor en la cohorte más joven, lo que es signo del retraso de la unión y del inicio de la reproducción biológica antes señalados.⁵ No ocurre lo mismo con la iniciación sexual, pues en varios países (Brasil, Colombia y Haití) una proporción mayor de adolescentes, en comparación con las mujeres de la cohorte de 30 a 49 años, se iniciaron sexualmente antes de los 18 años. En conclusión, el retraso de la unión conlleva una iniciación sexual más tardía en algunos países y en otros parece abrir crecientes

⁴ En todo caso, la comparación entre las preferencias reproductivas (declaración de número de hijos deseados) y la paridez acumulada (número de hijos tenidos a ciertas edades exactas) no aporta evidencia concluyente en el caso de las jóvenes —salvo cuando antes de los 30 años la paridez excede las expectativas reproductivas—, pues aún les resta un buen tiempo “reproductivo” para lograr sus metas, y las pueden superar sin que lo deseen. Además, el hecho de que la fecundidad observada sea inferior a la deseada no parece una peculiaridad de la región, pues también se observa en varios países europeos y existen argumentos para sostener que no tiene el mismo significado, en tanto vulneración de derechos reproductivos, que la fecundidad que supera los deseos (CEPAL/CELADE, 1998).

⁵ Esto se aprecia fácilmente en el gráfico: la curva de la cohorte 18-19 años está inscrita en la de 30 a 49 años.

espacios para la iniciación sexual prematrimonial, la que puede ocurrir a edades incluso más tempranas que en el pasado.

La forma radial de los gráficos permite apreciar fácilmente que:

i) Tanto para las cohortes mayores como para las adolescentes la iniciación sexual antes de los 18 años está desligada del estado de la transición demográfica; en particular, las adolescentes de los países en plena transición (Brasil y Colombia) registran un porcentaje de iniciación sexual antes de los 18 años mucho mayor que las de los países en estados incipientes de transición (Haití y Bolivia);

ii) La transición demográfica se expresa más claramente en el plano de las iniciaciones nupcial y reproductiva, pues las jóvenes de los países más avanzados en la transición no se encuentran entre las más precoces y, en cambio, sí se registran iniciaciones nupcial y reproductiva tempranas en países más bien rezagados en dicha transición. Sin embargo, los gráficos permiten concluir que la tríada de iniciaciones presenta una amplia autonomía respecto de la fecundidad final que acumulan las mujeres, ya que algunos países de alta fecundidad (Bolivia y Haití) se destacan por su tríada tardía y otros de fecundidad final baja tienen tríadas tempranas (República Dominicana). En suma, parece haber fuerzas socioculturales específicas de los países que, independientemente del nivel de desarrollo socioeconómico o del estado de la transición demográfica, atrasan o adelantan la tríada.

Cabe destacar que, pese a todas las evidencias y razonamientos sobre las consecuencias negativas que entraña la fecundidad temprana (véase el recuadro 6), la información disponible indica que los hijos(as) de madres adolescentes presentan los más altos índices de “deseabilidad”. Aunque ello tiene explicaciones demográficas —se trata básicamente de nacimientos de orden uno, cuya declaración como “no deseados” es infrecuente—, es posible que el carácter de “deseados” responda a fuerzas más profundas, como las ansias de las muchachas por ganar un espacio en la familia o una identidad propia, las intenciones de salir de su hogar mediante la unión (que se concretaría a causa del embarazo) y la falta de oportunidades que convierte a la maternidad en el único proyecto visible. Si alguna de estas fuerzas es la que gatilla la fecundidad adolescente (e incluso parte de la juvenil), el desafío en materia de política se vuelve aún mayor, ya que los programas de salud sexual y reproductiva difícilmente podrán resolver por sí solos los problemas de la formación de identidad, los anhelos de emancipación o la falta de oportunidades para los muchachos y muchachas.

Recuadro 6

CONSECUENCIAS NEGATIVAS DE LA FECUNDIDAD ADOLESCENTE PARA LAS MADRES, LOS HIJOS Y LA SOCIEDAD

Riesgos para las madres: La maternidad temprana obstruye la acumulación de activos en capital humano y social necesarios para mantener expectativas razonables de movilidad social, sobre todo porque gatilla la deserción escolar y reduce significativamente el tiempo disponible para las actividades formativas. La fecundidad adolescente, cuando ocurre a edades muy tempranas (en particular, antes de los 17 años) entraña riesgos para la salud asociados a la falta de madurez fisiológica.^a La fecundidad adolescente suele recluir a las madres en actividades domésticas y empujar a los padres al mundo laboral en condiciones precarias. Esta inserción desmedrada en el mundo del trabajo y de la educación también tiene consecuencias sobre la adquisición de activos en capital social. El abandono de establecimientos educativos y la ausencia o debilidad de experiencia laboral priva a las madres adolescentes de vínculos con redes de personas que pueden cumplir un importante papel en la provisión de información y contactos que facilitan el acceso al mercado laboral y aumentan las posibilidades de obtener buenos puestos.^b

Riesgos para la descendencia: La maternidad temprana es uno de los eslabones centrales en los mecanismos de reproducción intergeneracional de la pobreza, pues el desarrollo del capital educativo y social de los niños depende en gran medida de la mayor o menor riqueza de activos de los progenitores. La fecundidad adolescente se asocia a alta fecundidad al final de la vida fértil, por lo que los hijos tenidos durante la adolescencia frecuentemente deben compartir los usualmente escasos recursos de tiempo, espacio y dinero de sus hogares con varios otros niños.^c La maternidad en la adolescencia tiene una mayor probabilidad de ser uniparental, lo que constituye una desventaja de base para los hijos.

Riesgos para la sociedad: Con la maternidad temprana, la sociedad no sólo pierde el aporte de recursos humanos potenciales de la madre y de su descendencia, sino que además debe invertir recursos adicionales en el sistema educativo tendientes a compensar la incapacidad de esos hogares para complementar el esfuerzo de las escuelas.^b

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

^a A. Langer, G. Nigenda y S. García, “Salud reproductiva y reforma del sector salud en América Latina y el Caribe”, documento presentado al seminario internacional sobre salud reproductiva y la reforma del sector salud en América Latina y el Caribe, Brasilia, 26 y 27 de julio de 1999.

^b R. Kaztman, “Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay” (LC/MVD/R.180), Montevideo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)/Oficina de la CEPAL en Montevideo, mayo de 1999.

^c S. Desai, “When are children from large families disadvantaged? Evidence from cross-national analyses”, *Population Studies*, N° 49, Londres, 1995, pp.195-210.

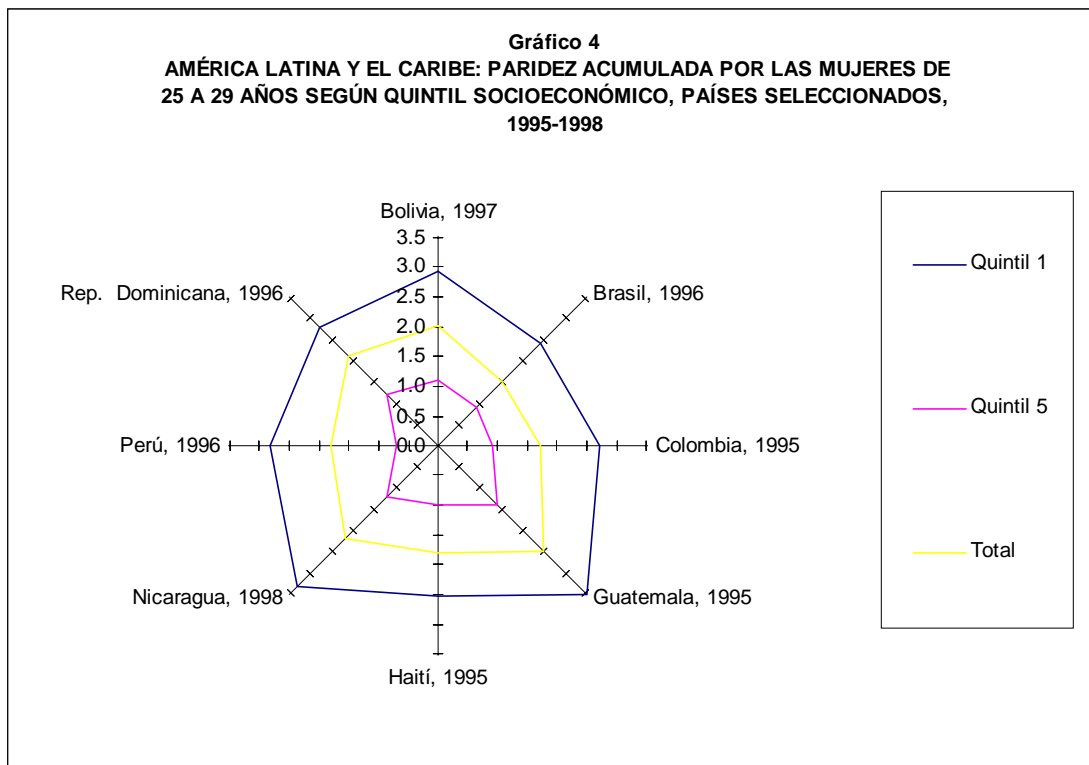
4. Los jóvenes y la reproducción: signos de inequidades macro y microsociales

El grueso de la responsabilidad de la reproducción biológica de los colectivos nacionales de la región recae en los jóvenes de los segmentos más desvalidos de la población; los jóvenes de los grupos sociales más aventajados reducen sistemáticamente su participación. Tal segmentación de tareas, que responde a raciocinios individuales y estímulos sociales, encierra una pérdida neta de capacidad de socialización para la comunidad en su conjunto; resulta entonces aconsejable adoptar medidas destinadas a evitar una agudización de esta polarización del peso reproductivo entre segmentos socioeconómicos.

Los antecedentes empíricos son contundentes: las trayectorias reproductivas de los y las jóvenes de distintos segmentos socioeconómicos son marcadamente dispares y suponen desventajas adicionales para aquellos pertenecientes a los grupos que están en condiciones más desmedradas; estas disparidades se advierten tanto en las etapas finales como en las iniciales de la juventud. En las finales, las jóvenes más pobres acumulan un número de hijos(as) significativamente mayor que el promedio de sus países y muy superior al de las jóvenes del quintil socioeconómico más alto (véase el gráfico 4); esta diferencia de paridez implica que las jóvenes de los estratos altos tienen una carga de crianza muy inferior a la de sus homólogas de los estratos bajos, por lo que disponen de más tiempo y opciones para la acumulación de activos o la realización individual. Tan importante como lo anterior es que, en todos los países analizados, las mujeres pobres de 25 a 29 años tenían en el momento de la encuesta más de 2 hijos y en varios más de 3, cantidad que exige una gran dedicación y recursos para asegurar su adecuada formación, propósito muy difícil de satisfacer en los hogares pobres.

Otra faceta de la conducta reproductiva que muestra una brecha socioeconómica alta en las etapas iniciales de la juventud y baja en la adultez es la experiencia reproductiva, que divide a las

mujeres entre las que han tenido descendencia y las que no la han tenido. La proporción de madres adolescentes en los grupos desventajados (pobres, con baja educación) es mucho mayor que en los hogares de alto nivel socioeconómico o con niveles de educación elevados; tal diferencia no se registra al comparar las mujeres adultas de ambos grupos socioeconómicos polares, ya que, con independencia de su condición socioeconómica, un 90% o más ha tenido hijos (véase el cuadro 2). Esto no es sorprendente, pues la baja de la fecundidad, propia de la transición demográfica, se basa en la reducción de los nacimientos de órdenes superiores y no en el aumento de las nulíparas. Sin embargo, es relevante, puesto que ratifica que la iniciación reproductiva temprana constituye un factor de diferenciación socioeconómica, capaz de retroalimentar las situaciones iniciales de pobreza de las muchachas que tienen sus hijos a edades tempranas.



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectiva.

En las etapas iniciales de la juventud se verifica sistemáticamente que la tríada temprana es un rasgo característico de los grupos socialmente desventajados, hasta el punto que se perfila como un componente sobresaliente de lo que se ha dado en denominar la dinámica demográfica de la pobreza (CEPAL/CELADE, 1998; CELADE, 1994; Martínez, 1998; Livi-Bacci, 1995). El gráfico 5 muestra que las jóvenes de 20 a 24 años pertenecientes al quintil socioeconómico más bajo se inician sexual, nupcial y reproductivamente mucho antes que las del quintil más alto. En ambos quintiles la iniciación sexual antes de los 20 años es el componente de la tríada con mayores guarismos y la maternidad antes de esa edad registra los menores.

Las disparidades socioeconómicas de la iniciación sexual son mucho menores que las de las iniciaciones nupcial y reproductiva, ratificando la autonomía relativa que puede adquirir el comportamiento sexual respecto del nupcial y el reproductivo. Esto último implica que mientras las

Cuadro 2

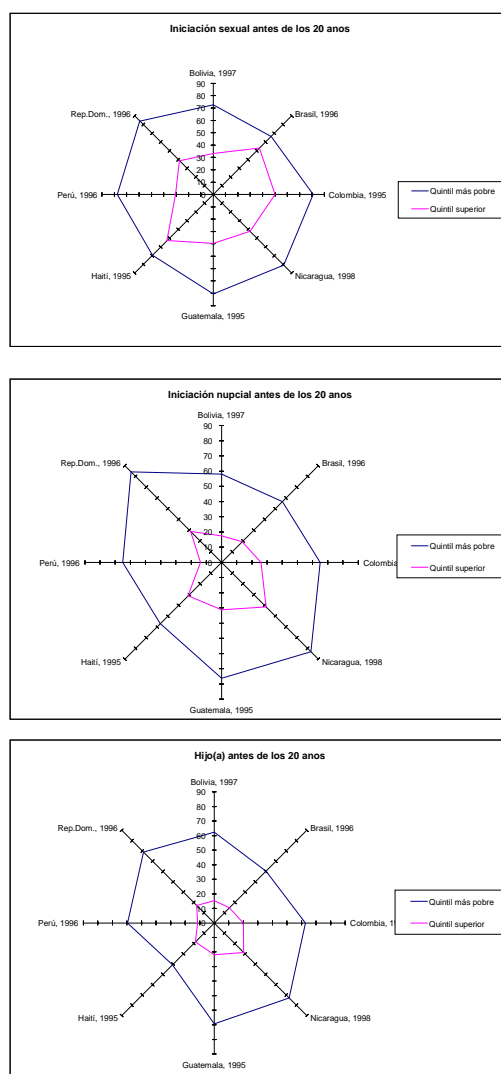
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 15 A 49 AÑOS CON EXPERIENCIA REPRODUCTIVA POR GRUPOS SOCIOECONÓMICOS Y SEGÚN GRUPOS DE EDAD, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País y grupo socioeconómico	Grupos de edad						País y grupo socioeconómico	Grupos de edad					
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total		15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Bolivia, 1997							Haití, 1995						
Rural	12.6	38.8	76.7	91.6	95.5	78	Rural	8.3	32.2	61.1	87.1	95.6	70.2
Urbana	5.4	21.1	50.5	80.6	94	64.4	Urbana	6.4	22	42.9	70.2	89	55.9
Quintil 1	18.7	46.2	80.5	93	96	80.6	Quintil 1	8.2	44.4	75.8	94.4	97.3	79
Quintil 5	2.2	10.3	28.5	67.2	91	55.6	Quintil 5	4.2	8.8	30	61.1	85.2	46.6
menos de 6 años de educación	19.2	48.9	79.8	94.7	96.3	85.9	menos de 6 años de educación	8.4	35.8	67.3	88	94.4	72.3
10 o más años de educación	1.8	7.5	32.7	67.3	89.6	59.3	10 o más años de educación	5	6.5	20.1	46.2	77.9	35.9
Total	7.1	25.3	56.9	83.7	94.5	68.2	Total	7.4	27	52.3	79.2	93.1	64
Brasil, 1996	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total	Nicaragua, 1998	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Rural	15.6	41	60.1	85.8	92.6	72.7	Rural	23.5	53.5	79.3	91.3	96.1	76.6
Urbana	10.4	27.1	50.8	73.3	89.8	67.2	Urbana	15.5	35.4	64.7	82	94.6	70.4
Quintil 1	22	54.3	73.7	89	95	77.1	Quintil 1	27.9	61.5	87.2	94.2	97.8	81.3
Quintil 5	7	10.8	32.2	59.3	88.6	62.8	Quintil 5	7.9	25.7	49	70.3	93.2	64.5
menos de 6 años de educación	17.7	49.2	69.1	87.1	94.2	80.2	menos de 6 años de educación	31	67.5	84.6	92.3	96.9	84.2
10 o más años de educación	1.4	7.5	25	55.3	81.3	56.4	10 o más años de educación	3.7	12.2	40	67.4	90.3	59.2
Total	11.5	29.6	52.5	75.3	90.3	68.2	Total	18.5	41.8	69.9	90.3	95.1	72.6
Colombia, 1995	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total	Perú, 1996	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Rural	15.2	44.7	74.2	88.3	93.6	76.3	Rural	15	45.5	76.8	90.3	96.8	78
Urbana	7	27.5	54.1	76.4	88.7	66.2	Urbana	4.5	16.9	47.5	72.3	91.8	62.6
Quintil 1	18.5	53.8	80.5	91.9	94.8	79	Quintil 1	19.2	55.7	82.2	93.3	97.2	81.3
Quintil 5	2.5	9.6	37.2	63.5	82.2	58.4	Quintil 5	0.8	6.5	26.3	50.3	86.2	51.9
menos de 6 años de educación	16.4	53.9	80.1	91.2	93.9	82.5	menos de 6 años de educación	17.8	51.6	80.1	92.8	97.5	85.3
10 o más años de educación	3.2	12.1	34.6	63.7	81.4	55.6	10 o más años de educación	2.5	9.8	37.3	63.4	86.5	58.9
Total	9.2	31.7	59.2	79.2	90	68.8	Total	7.3	23.5	54.7	77.3	93.2	66.7
Guatemala, 1995	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total	Rep. Dominicana, 1996	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Rural	14.4	46.3	72.4	88.4	96.1	74.2	Rural	21.31	45.5	76.1	89.5	96.2	76.7
Urbana	8	27.4	61	83.7	93.9	67.6	Urbana	10.6	29.7	54.7	78.3	91.9	67.2
Quintil 1	21.5	53.5	84.4	94.4	97.2	81.5	Quintil 1	30.2	60.6	90.2	93.4	98.9	82.9
Quintil 5	5.8	22	43.7	73.7	93.9	62.1	Quintil 5	3.3	15.4	35.4	64.3	87.3	57.1
menos de 6 años de educación	18.5	51.9	79.3	91	96	79.8	menos de 6 años de educación	28.7	70.1	90.1	94.2	97	86.5
10 o más años de educación	2	8.8	30.6	70.9	91	56.6	10 o más años de educación	5.4	15.4	38.6	68.8	86.7	58.7
Total	11.5	38.2	67.6	86.5	95.1	71.3	Total	14.4	35	61.5	82	93.4	70.4

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

muchachas de estratos socioeconómicos altos y sexualmente activas ejercen sus derechos en este campo y desligan su actividad sexual del riesgo de embarazo, las de estratos socioeconómicos bajos tienen mucho menos éxito en lograr tales derechos. El caso de Brasil ilustra esa situación, puesto que tres de cada cuatro jóvenes pobres iniciadas sexualmente antes de los 20 años son madres adolescentes, y entre las jóvenes del estrato socioeconómico alto sólo una de cada cuatro iniciadas sexualmente en la adolescencia es madre (véase el gráfico 5). Cabe añadir que, en la mayoría de los países, más del 80% de las jóvenes pobres se iniciaron sexualmente antes de los 20 años, hecho que indica claramente la demanda potencial de servicios integrales de salud sexual y reproductiva entre las y los pobres.

Gráfico 5
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 20 A 24 AÑOS EN EL MOMENTO DE LA ENCUESTA QUE SE INICIARON SEXUALMENTE, QUE SE UNIERON Y QUE FUERON MADRES ANTES DE LOS 20 AÑOS, SEGÚN QUINTILES SOCIOECONÓMICOS, 1995-1998, PAÍSES SELECCIONADOS

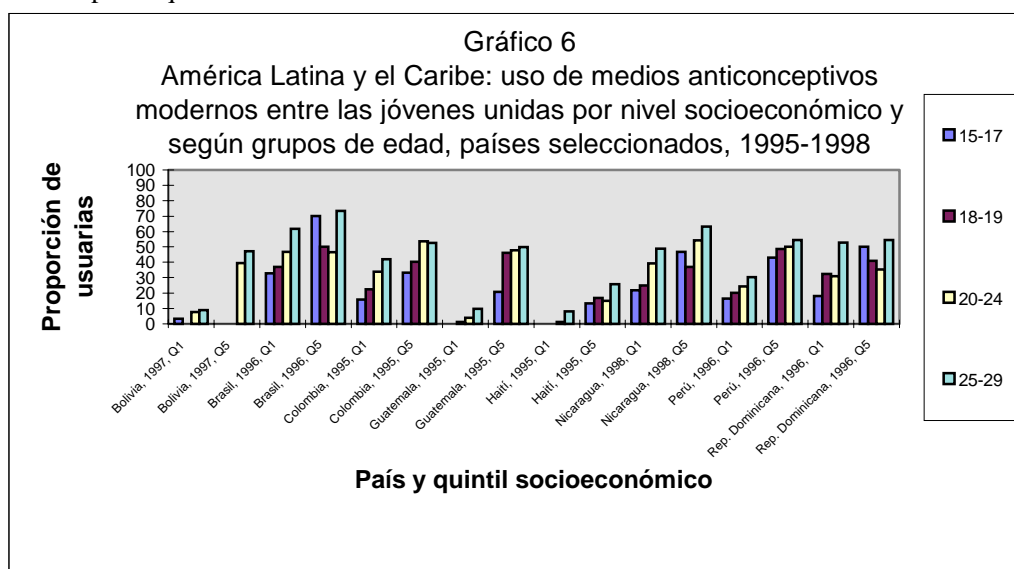


Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Los antecedentes anteriores aportan evidencias a la discusión sobre el efecto de la mayor permisividad sexual en las trayectorias reproductivas de los y las jóvenes de la región. El hecho de que las jóvenes de los grupos pobres, rurales y de menor educación registren la tríada de iniciaciones más temprana favorece la hipótesis de que sus trayectorias reproductivas más bien precoces —en comparación con las de otras latitudes, en particular, las del mundo desarrollado— obedecen a las pautas de conducta tradicionales prevalecientes en los segmentos más desventajados de la sociedad. Así, la mayor parte de la fecundidad adolescente en los países de la región parece no responder a una “nueva cultura sexual” más permisiva, sino a la persistencia de la tríada temprana entre las jóvenes pobres.

Por lo tanto, la modernización sociocultural, claramente encarnada por las jóvenes de mayor educación, favorecería un atraso de la tríada de iniciaciones. Sin embargo, el hecho de que las más educadas sean las que exhiben mayores índices de iniciación sexual prematrimonial y de regulación de la fecundidad apoya la hipótesis de que la modernización sociocultural trae consigo una nueva cultura sexual más permisiva pero, a la vez, más protegida contra el embarazo no deseado y sus consecuencias. De esta manera, no puede descartarse que en el futuro —porque hasta el momento no ha ocurrido así—, la iniciación sexual se adelante y se generalice la condición sexualmente activa entre los y las adolescentes, como resultado de la modernización (y de la concomitante nueva cultura sexual más permisiva). Si eso ocurre, el componente de regulación de la fecundidad que integra esta nueva cultura sexual debiera también generalizarse para evitar un aumento de la maternidad/paternidad adolescente.

Las disparidades socioeconómicas de la tríada de iniciaciones sexual/nupcial/reproductiva de los jóvenes se originan, entonces, en dos tipos de factores. Uno corresponde a las pautas tradicionales de unión temprana que siguen predominando entre los jóvenes pobres, y el otro, al menor acceso que tienen los jóvenes pobres a medios de planificación familiar. Esto último se ilustra claramente con el gráfico 6, que muestra una sistemática diferencia de la prevalencia de uso de anticonceptivos modernos entre los jóvenes de estrato bajo y los de estrato alto. En algunos países, como Bolivia y Guatemala, esta situación se explica, en parte, debido a la persistencia de lagunas en el conocimiento de medios anticonceptivos, las que suelen ser más frecuentes entre las adolescentes del quintil socioeconómico bajo (véase el cuadro 3), pese a que, como se mostró, ellas se inician sexualmente más temprano que las del estrato socioeconómico alto.



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

En la mayor parte de los países de la región el conocimiento de medios anticonceptivos modernos se encuentra ampliamente extendido entre las jóvenes (véase el cuadro 3), por lo que su ignorancia no puede originar las diferencias de acceso a medios de planificación familiar. De hecho, el gráfico 6 pone de manifiesto que las adolescentes unidas, sobre todo las pobres, registran —incluso en los países donde el conocimiento de anticonceptivos modernos es casi universal— una prevalencia de uso de anticonceptivos modernos muy inferior a los demás grupos de jóvenes, lo que es sintomático de barreras socioculturales o actitudes de rechazo.

Cuadro 3

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE CONOCE MEDIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES SOCIOECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad					Total
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	
Bolivia, 1997, Q1	49.1	61.5	61.8	61.9	56.0	57.2
Bolivia, 1997, Q5	95.8	94.3	97.6	98.7	99.2	97.9
Bolivia, 1997, total	84.3	88.0	89.5	89.9	85.1	86.7
Brasil, 1996, Q1	96.5	99.4	98.7	99.7	99.1	98.8
Brasil, 1996, Q5	100.0	100.0	100.0	100.0	99.9	100.0
Brasil, 1996 total	99.0	99.7	99.5	99.9	100.0	99.6
Colombia, 1995, Q1	91.0	99.1	99.4	100.0	99.2	98.3
Colombia, 1995, Q5	99.4	99.5	99.7	99.7	99.9	99.8
Colombia, 1995, total	98.2	99.7	99.8	99.9	99.8	99.6
Guatemala, 1995, Q1	30.3	48.6	55.2	62.6	58.2	54.1
Guatemala, 1995, Q5	89.0	91.4	97.1	94.9	98.7	95.7
Guatemala, 1995, total	64.7	72.6	77.8	83.1	82.5	78.2
Haití, 1995, Q1	74.2	93.7	95.3	96.8	97.1	93.8
Haití, 1995, Q5	98.3	100.0	99.7	99.5	100.0	99.6
Haití, 1995, total	92.8	98.5	98.5	98.8	98.7	97.8
Nicaragua, 1998, Q1	80.9	86.7	93.3	93.1	93.4	90.8
Nicaragua, 1998, Q5	97.2	99.0	99.3	100.0	99.3	99.1
Nicaragua, 1998, total	92.4	96.8	97.9	98.5	98.2	97.2
Perú, 1996, Q1	64.3	80.7	84.8	90.3	83.3	82.4
Perú, 1996, Q5	96.3	98.8	99.4	99.9	99.8	99.2
Perú, 1996, total	90.9	94.8	96.8	97.8	95.8	95.6
República Dominicana, 1996, Q1	98.5	98.1	98.8	99.5	99.3	99.0
República Dominicana, 1996, Q5	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
República Dominicana, 1996, total	99.3	99.4	99.7	99.9	99.9	99.7

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto.

Finalmente, la puesta en práctica de programas de salud sexual y reproductiva permitiría —además de atender la demanda no satisfecha de planificación familiar—, incrementar la información y los conocimientos que adolescentes y jóvenes tienen sobre la sexualidad, el funcionamiento de los aparatos reproductivos femeninos y masculinos y las enfermedades de transmisión sexual. En lo que atañe a estas últimas, que suelen ser frecuentes entre los jóvenes,⁶ —y que, en el caso del SIDA, como lo revelan las cifras del Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/SIDA (ONUSIDA), afectan con especial intensidad a los adolescentes, pues del total de hombres contagiados un 29% en Brasil y un 31% en Honduras tienen entre 10 y 19 años

⁶ Por ejemplo, un 5% de los hombres jóvenes de Brasil declararon haber tenido al menos un enfermedad venérea en los últimos 12 meses antes de la entrevista (Guzmán, Hakkert y Contreras, 2000).

(www.unaisd.org)—, la información disponible indica que, pese a los múltiples esfuerzos realizados, en varios países de la región aún persiste un enorme desconocimiento, todavía mayor en el caso de los procedimientos preventivos; nuevamente la ignorancia —y por ende, los mayores riesgos— se comprueba entre los jóvenes pobres. Por ejemplo, 2 de cada 3 jóvenes guatemaltecos pobres “no han escuchado hablar de SIDA”; en cambio, en esa situación se encuentran menos de un 5% de los jóvenes de estrato alto.

5. Algunos desafíos y prioridades de las políticas sobre juventud

Pensando en el objetivo de alcanzar un crecimiento económico sostenido y sustentable, en un contexto democrático que garantice mayores grados de equidad e integración social, la juventud latinoamericana y caribeña representa un factor crucial. Por ello, el principal reto que enfrentan los Estados estriba en asegurar el máximo aprovechamiento de la contribución potencial de los jóvenes al logro de esas metas sociales; esto es particularmente cierto respecto de aquellos jóvenes que, por su legado familiar, corren serios riesgos de quedar excluidos de toda empresa colectiva. En el conjunto de la región, 4 de cada 5 jóvenes residen en áreas urbanas, y allí también se concentra la pobreza, cuya mayor intensidad se registra en los hogares formados por jóvenes. Es decir, la pobreza es predominantemente urbana y predominantemente joven. Por lo tanto, y sin desconocer la necesidad de atender los problemas específicos que afectan a otras categorías de jóvenes, ello conduce a señalar que los mayores desafíos para incorporar efectivamente a la juventud en los esfuerzos tendientes al desarrollo deben apuntar a los jóvenes populares urbanos que son los más expuestos al riesgo de exclusión social. Este fenómeno alude a situaciones que combinan la insuficiencia de las calificaciones para aspirar a una movilidad social ascendente dentro de estructuras productivas modernas (que relegan a los jóvenes a empleos precarios e inestables), la concentración espacial en vecindarios urbanos de jóvenes con características similares y el relativo aislamiento del resto de la sociedad, sobre todo respecto de aquellas personas e instituciones que ajustan su funcionamiento a los patrones del “curso central” del sistema social (véase el recuadro 7).

Recuadro 7

EL AISLAMIENTO DE LOS JÓVENES POPULARES URBANOS

Hay por lo menos dos razones que justifican poner un énfasis en la situación de aislamiento de los jóvenes con respecto al resto de la sociedad. La primera es que los estudios realizados en varios países de la región muestran que la composición social de los vecindarios ejerce un efecto significativo sobre la emergencia de comportamientos de riesgo entre los jóvenes; estos comportamientos incluyen tanto la desafiliación de la educación y del trabajo como la maternidad adolescente. La segunda razón surge al observar que la juventud de la región parece estar dominada por un sesgo individualista, que aparentemente ignora el hecho —por demás evidente— de que la mayoría de las personas asume actitudes, hábitos, comportamientos y maneras de conceptualizar la realidad que los circunda muy parecidas a las de aquellos con quienes interactúan en forma más frecuente. Si en las ciudades efectivamente se están produciendo procesos de segmentación y segregación de amplias categorías de jóvenes —que involucran su confinamiento en vecindarios con rasgos compartidos de precariedad, bajas calificaciones y poca esperanza de integración exitosa en la sociedad moderna—, el efecto contextual de esta homogeneidad se hará sentir en el comportamiento de cada uno de los jóvenes, con independencia de sus características individuales.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

5.1 Las tareas de la educación: recursos humanos, integración social y equidad

La educación es indudablemente el principal instrumento que una sociedad tiene para elevar su capital en recursos humanos y promover el bienestar y la integración de sus jóvenes. La reiterada evidencia con respecto a la transmisión del capital humano a través de las familias, permite aseverar que la acumulación de esos recursos en una generación define una plataforma de partida para la acumulación en la siguiente; análogamente, las diferencias de acumulación de recursos humanos entre los estratos sociales anticipa las desigualdades en la siguiente generación.

Si bien es manifiesto que las prioridades en este campo varían según el estado de desarrollo del sistema educativo de cada país, existen cinco desafíos comunes:

- i) Generalizar el acceso a la enseñanza básica y, sobre todo, a la educación media;
- ii) Asegurar estándares adecuados de calidad y rendimiento escolar, enfrentando decididamente los problemas de aprendizaje y la deserción escolar;
- iii) Orientar las formas de enseñanza a la creación de capacidades de “aprender a aprender”, previendo que la continua aceleración de la innovación tecnológica demandará retornos periódicos de las personas a los sistemas de capacitación;
- iv) Crear las condiciones para evitar que un segmento de los jóvenes permanezca en un “analfabetismo cibernético”, que reduce sus posibilidades de inserción en el mundo moderno;
- v) Mejorar sustancialmente la equidad entre los diversos grupos sociales, mediante programas de enseñanza que desarticulen los mecanismos de segmentación educativa.

Cabe señalar que si bien el ataque a las diferencias de calidad de enseñanza por estrato forma parte de las reformas educativas actualmente en curso, no pasa lo mismo con la segmentación educativa. Con todo, debe subrayarse que el fomento de las oportunidades de interacción entre estudiantes de distintos estratos socioeconómicos, que asisten a los mismos establecimientos educativos, representa un determinante más de la calidad del aprendizaje. Así se ha entendido en varios países desarrollados, que —en el marco de estrategias dirigidas a paliar los problemas de la integración social— llevan a cabo acciones explícitas tendientes a reducir la segmentación educativa, como el traslado de estudiantes de barrios pobres a establecimientos educativos de vecindarios no pobres, y viceversa. Las reformas educativas impulsadas en los países de América Latina y el Caribe para lograr el mejoramiento cualitativo de la educación pública pueden constituir medidas indirectas para contrarrestar la segmentación, cuya eficacia será mayor en aquellos casos en los que todavía no se han consolidado las subculturas barriales; una vez que ello ocurre, la fuerza del compromiso de los adolescentes y jóvenes con sus propios códigos —directamente relacionado con la necesidad de identidad y autoestima que la participación en esas subculturas satisface— surge como una barrera difícil de traspasar. Por ello, algunos establecimientos educativos en los que participan grupos de jóvenes provenientes de barrios segregados pueden transformarse en “campos de conflicto” entre grupos, cada uno de los cuales se aferra firmemente a sus propios códigos.

Además de su contribución a la equidad y a la integración social de los jóvenes mediante la elevación de la cobertura y la calidad de la enseñanza y la prevención de los procesos de segmentación —ambos fenómenos vinculados con la desigualdad de oportunidades de acceso al mercado de trabajo y a la ciudadanía—, la educación es un medio apropiado para atacar la “inequidad demográfica” (por llamarla de alguna manera). Como se anticipó, esta inequidad proviene de las diferentes trayectorias de emancipación de los jóvenes de distintos estratos sociales y tiene su

expresión en la distribución desigual de la responsabilidad de la reproducción biológica y social de la población.

Es sabido que los logros educativos muestran una clara incidencia indirecta sobre la conducta reproductiva, puesto que un mayor conocimiento permite a los jóvenes formularse metas de integración social efectiva en la sociedad moderna, lo que contribuye a incorporar racionalidad instrumental en sus decisiones respecto de la constitución de uniones estables, el número de hijos y el momento para tenerlos. Los contenidos educativos también pueden tener una incidencia directa sobre esas decisiones, cuando incluyen conocimientos relativos a herramientas para que los jóvenes manejen mejor y más responsablemente su sexualidad y conducta reproductiva. Tales conocimientos todavía están ausentes de buena parte de los currículos educativos en la región. Sin embargo, la creciente preocupación de los gobiernos por la fecundidad adolescente, el aumento de la proporción de nacimientos fuera del matrimonio, la proliferación de las uniones consensuales, el incremento de las separaciones y divorcios, y las consecuencias de todos estos fenómenos sobre el desarrollo de los niños, se refleja en el surgimiento de un debate respecto de la inclusión del tema “familia” como una materia adicional en la enseñanza secundaria.

5.2. El papel central de la salud y la salud reproductiva en el bienestar de los jóvenes

La salud es otro factor indispensable para la sustentabilidad del desarrollo, ya que las buenas condiciones físicas y mentales de las personas contribuyen a mejorar y a potenciar su rendimiento en las actividades cotidianas, tanto en el plano productivo como en la esfera de las relaciones y del cumplimiento de los roles ciudadanos. En particular, la adecuada salud de las mujeres es un factor clave, como también lo es la atención sanitaria de los niños en las etapas iniciales de su ciclo de vida —que condicionarán su desarrollo futuro, en un sentido u otro. La salud, en especial la salud reproductiva, es un aspecto nodal en la lucha contra la pobreza y las desigualdades sociales (CEPAL/CELADE, 1998).

Como en el caso de la educación, las prioridades en el terreno de la salud varían entre países y aún dentro de ellos, aunque hay al menos dos desafíos comunes vinculados directamente a la juventud:

i) Detectar y enfrentar —mediante tratamientos apropiados y oportunos— las principales conductas de riesgo, en especial las relacionadas con los accidentes de tránsito, el consumo de drogas legales e ilegales y el desarrollo de actividades ligadas a diversas formas de violencia;

ii) Fomentar estilos saludables de vida, promoviendo todo tipo de actividades recreativas, culturales y deportivas, en ambientes adecuados para el crecimiento y la maduración personal y social de los destinatarios. Si bien el rol de los ministerios de educación y de salud resulta central en el cumplimiento de este tipo de metas, debería promoverse la más activa e intensa participación de todos los actores involucrados —públicos y privados—, propiciando el desarrollo de municipios saludables y ciudades educadoras y procurando que los jóvenes tengan una participación central en el diseño, ejecución y evaluación de los programas y planes específicos.

En virtud de la gran importancia de la trayectoria reproductiva, un principio básico que debe animar el diseño y la puesta en práctica de políticas a este respecto es la seguridad del ejercicio universal de los derechos reproductivos, lo que implica garantizar que todos los individuos dispongan de la información y los medios para un efectivo control de sus comportamientos sexuales. Esta universalización permitirá que los individuos controlen las consecuencias que esos comportamientos ejercen sobre su salud y su reproducción y facilitará que la trayectoria reproductiva de las personas y

de las parejas sea coherente con la definición más general de lo que se propongan en la vida; y que no ocurra lo contrario, es decir, que las decisiones o conductas reproductivas delimiten su proyecto de vida.

Las tendencias de la tríada de iniciaciones (sexual/nupcial/reproductiva) entre los jóvenes son de la mayor relevancia para las políticas.⁷ Cuando esta tríada opera como síndrome —vale decir, sus tres componentes están estrechamente ligados y acontecen de manera simultánea o cercana en el tiempo—, la bisagra es la unión temprana, que suele establecerse con propósitos reproductivos, por lo que la fecundidad durante la adolescencia resulta difícil de evitar. En tal escenario caben medidas preventivas y otras correctivas. Las primeras apuntan a que las parejas jóvenes, incluso si se unen tempranamente, puedan ejercer sus derechos reproductivos básicos, es decir, que tengan la capacidad para regular la cantidad de hijos y el momento de tenerlos. En particular —y sin desconocer que el mero establecimiento de la unión a edades tempranas implica un compromiso difícil de compatibilizar con los requerimientos de una sociedad moderna—, la búsqueda de un ensanchamiento de la brecha entre la iniciación nupcial y la reproductiva parece deseable, debido a las consecuencias positivas que ello importa para el desempeño social de los jóvenes y adolescentes en las sociedades contemporáneas. El logro de este propósito exige diseñar programas de salud sexual y reproductiva especialmente dirigidos a los jóvenes, programas que deben ser apoyados mediante acciones de sensibilización, educación y consejería, pues probablemente encontrarán resistencia en las mismas fuerzas socioculturales que alimentan la actuación del síndrome de la tríada temprana.

Por su parte, las medidas correctivas deben orientarse a erosionar las normas sociales que promueven uniones tempranas —en particular cuando se originan en acuerdos de adultos que no cuentan con el consentimiento de los y las adolescentes implicados— y a ampliar las oportunidades y opciones para que los jóvenes efectivamente dispongan de alternativas a la unión temprana. Los esfuerzos orientados a modificar las pautas de unión temprana deben necesariamente verse acompañados de programas cuyo objetivo sea que las parejas minimicen los riesgos de salud sexual y reproductiva involucrados; esto significa educar para evitar daños o patologías asociadas a las relaciones sexuales.

Los antecedentes empíricos sugieren que dos factores enmarcados en la modernización sociocultural permiten explicar algunos casos en los que la tríada no opera como síndrome. Uno es la expansión de las relaciones sexuales prematrimoniales y fuera de la unión; el otro es que las parejas unidas regulan el calendario de su fecundidad —lo que favorece el ensanchamiento de la brecha entre iniciación nupcial y reproductiva— mediante el uso de métodos anticonceptivos de distinta naturaleza. En este escenario —aparentemente más coherente con el libre ejercicio de los derechos reproductivos de los jóvenes y más compatible con las exigencias de una sociedad moderna— emergen nuevos retos para la salud reproductiva y sexual. El primero se relaciona con la creciente proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio y al margen de uniones estables, los que pueden ser objeto de discriminaciones legales y que —aun bajo una legislación libre de sesgos— parecen tener mayores probabilidades de ser criados en ambientes familiares inestables y problemáticos. El segundo reto atañe a la provisión de servicios de salud sexual y reproductiva, capaces de satisfacer al menos dos tipos de demanda:

i) La proveniente de uniones consolidadas que desean vigilar su salud reproductiva, evitar patologías asociadas a la actividad sexual y regular su fecundidad (más que evitar, planificar los embarazos);

⁷ Este análisis no se adentra en el terreno valórico, donde estos cambios de los patrones de conducta sexual son objeto de visiones contrapuestas.

ii) La de individuos sexualmente activos pero no unidos, que suelen aspirar a impedir embarazos y reducir su exposición a la transmisión de enfermedades venéreas.

Un tercer desafío se presenta entre los y las adolescentes sometidos a señales —originadas en fuentes diversas, como los medios masivos de comunicación— cada vez más intensas en favor de su paso a una condición sexualmente activa. Sin embargo, cuando este paso se produce antes de que medie el matrimonio o una unión estable es objeto de sanciones culturales. Así, una parte importante de los adolescentes sexualmente activos queda en una virtual “tierra de nadie”: se les estimula a ser activos sexualmente, pero se les niega el acceso a medios anticonceptivos que permitirían, al menos, evitar los riesgos de fecundidad no deseada producto de su actividad sexual.⁸ Se abre así la necesidad de revisar aquellos vetos sociales e impulsar un diseño especial de programas de salud reproductiva orientados a jóvenes y adolescentes no casadas(os) pero sexualmente activas(os). Para los y las adolescentes, los programas integrados —que combinan educación, sensibilización, consejería y ofrecimiento de medios de regulación de la fecundidad— parecen más pertinentes, incluso, que para los demás grupos etarios.

Las particularidades sicosociales de los y las muchachas exigen un trato especializado y sensible a las complejidades con que suelen experimentar su sexualidad y los cursos —a veces erráticos y temerarios, según el juicio de las mentalidades adultas— de sus decisiones. Un reto de estos programas —particularmente difícil de enfrentar— es introducir crecientes dosis de madurez y responsabilidad en las decisiones que los adolescentes no casados(as) toman sobre la sexualidad, la unión y la reproducción; ello porque se reconoce que en su caso la mera educación no basta: “la educación formal y la educación sexual no constituyen garantías de comportamientos sexuales y reproductivos responsables. Los adolescentes requieren programas especiales y cuidadosamente diseñados para influir en sus pautas sexuales, nupciales y reproductivas” (CEPAL/CELADE, 1998). Estos programas no debieran ser un factor adicional de estímulo para la actividad sexual de los adolescentes no unidos. Si la actividad sexual premarital en la adolescencia se efectuara con las precauciones debidas, no implicaría trastornos forzosos en los proyectos de vida ni incompatibilidades con la inserción de los muchachos(as) en una sociedad moderna —a diferencia de lo que ocurre con otras conductas en materia reproductiva—; sin embargo, a raíz de los grados de inmadurez sicosocial que los y las adolescentes suelen presentar, esa actividad los expone al riesgo de consecuencias emocionales adversas y vuelve más “volátiles” sus comportamientos preventivos.

Las marcadas diferencias socioeconómicas de la trayectoria reproductiva van en desmedro de los grupos más desvalidos. La prevención de los resultados acumulados en materia de fecundidad exige programas de salud reproductiva que cubran el conjunto del período fértil; en cambio, si se aspira a alterar la condición mucho más precoz de la tríada de iniciaciones de los muchachos y muchachas pobres, los programas e intervenciones deberán tener un carácter focalizado. Sea para “atrasar” la tríada o para intentar minimizar sus efectos en los planos de la salud sexual y la reproducción, es necesario concentrar los esfuerzos en los grupos pobres de la población, justamente en aquellos cuyos jóvenes suelen carecer de opciones vitales y oportunidades alternativas a los comportamientos reproductivos “tradicionales”. Más aún, las cifras disponibles consignan que entre los pobres persisten los mayores niveles de fecundidad no deseada, lo que es indicativo de que, al menos en lo atinente a la regulación de la cantidad de hijos, hay una amplia demanda insatisfecha de planificación familiar.

⁸ Esta última restricción genera situaciones paradójales y riesgosas. En Jamaica, donde el conocimiento de métodos anticonceptivos es generalizado y la actividad sexual se inicia tempranamente, un estudio reciente concluyó que para las adolescentes era más fácil acceder a un aborto que a métodos anticonceptivos (www.unfpacaribbean.org).

De acuerdo a los antecedentes disponibles, casi todas las adolescentes pobres requieren ser atendidas por programas integrales de salud sexual y reproductiva. En Guatemala, Nicaragua y República Dominicana, la proporción de jóvenes pobres unidas antes de los 20 años es similar a la de las iniciadas sexualmente antes de esa edad, lo que revela una estrecha relación entre ambos hechos y sugiere que la abrumadora mayoría de las adolescentes pobres que deberían tener atención de su salud sexual y reproductiva se encuentran unidas, lo que reduce los riesgos de vetos sociales o parentales a su acceso a estos programas y facilita la incorporación de la pareja. En cambio, en otros países (como Brasil y Colombia) la proporción de mujeres pobres iniciadas sexualmente antes de los 20 años difiere en varios puntos de la proporción de unidas antes de esa edad; por lo tanto, los programas de salud reproductiva deben considerar especialmente al segmento de las adolescentes pobres sexualmente activas no unidas, que pueden experimentar serias dificultades y tensiones en su acceso a estos programas (debido a los vetos familiares y sociales a su condición) y, por lo mismo, corren más riesgos de embarazos no deseados y están más presionadas a recurrir al aborto, normalmente en condiciones desmedradas. En todo caso, habida cuenta de los datos sobre la manera en que las adolescentes pobres experimentan su maternidad, toda estrategia para llegar a los(as) jóvenes con programas de salud sexual y reproductiva debe contar con acciones tendientes a ampliar los mecanismos de reforzamiento de la identidad y los horizontes vitales de los muchachos y muchachas.

Incluso en el escenario optimista de un despliegue exitoso de programas de salud sexual y reproductiva, los embarazos de muchachas adolescentes seguirán existiendo y una fracción de ellos ocurrirá fuera del matrimonio, implicando dos tipos de retos:

i) Evitar que las sanciones comunitarias o familiares a la fecundidad adolescente, sobre todo la premarital, restrinjan el necesario seguimiento sanitario del embarazo y parto, ocasionen la búsqueda de una solución subrepticia —usualmente en condiciones precarias, como el aborto— o provoquen la expulsión o deserción de la adolescente del sistema educativo;

ii) Asistir a los progenitores adolescentes a objeto de minimizar los impactos negativos que esta condición pueda implicar para el curso de sus vidas.

5.3 El imperativo de facilitar la inserción laboral de los jóvenes

El acceso a las oportunidades laborales depende cada vez más del nivel educativo alcanzado, incluida su calidad. En el caso del primer empleo —en el que los jóvenes, por falta de experiencia, no cuentan con capital social propio en el mundo del trabajo—, tal acceso depende también del capital social acumulado a través del paso por el sistema educativo, de las amistades en el vecindario y particularmente de las redes familiares. Para aquellos que incursionan en el autoempleo —como trabajadores por cuenta propia o patrones de pequeñas empresas— también cuenta su capital físico o financiero. En suma, el acceso de los jóvenes a las oportunidades laborales depende de sus activos. De allí que una primera clave para entender la exclusión del mercado laboral reside en el buen o mal funcionamiento de las fuentes de activos en recursos humanos y en capital social; los jóvenes populares urbanos, en particular, se caracterizan por su pobreza en este aspecto.

Dada la gran cantidad de jóvenes cuyos activos han quedado rezagados con respecto a las exigencias del mercado, la discusión de estos problemas (a escala mundial) presenta numerosas alternativas de acción, que son mutuamente compatibles. Una es establecer un “salario ciudadano” con el fin de garantizar a cada persona un ingreso mínimo suficiente, que cubra el valor de una canasta de consumo básico. Una segunda opción es proporcionar formas de capacitación paralelas al desarrollo de primeras experiencias laborales y así contrarrestar dos de los principales factores del

desempleo juvenil: la falta de experiencia y la falta de capacitación. La tercera alternativa es construir puentes que pongan en contacto el sistema educativo formal (en sus niveles intermedios) con la estructura productiva. Una cuarta opción es la creación de agencias públicas que operen como cadenas transmisoras de información entre el mundo de la empresa y el del trabajo. No debe descartarse la posibilidad de promover microempresas de subsistencia y microempresas de desarrollo.

Si bien las iniciativas de capacitación siguen siendo totalmente válidas, las más exitosas son aquellos programas que se focalizan en los sectores juveniles más vulnerables, utilizan esquemas descentralizados de operación (asignando un papel protagónico a los municipios), se ejecutan con criterios no monopólicos (asegurando la participación de diversas entidades de capacitación, públicas y privadas) y tienen mecanismos rigurosos de vigilancia y evaluación. Otra de las claves del éxito de algunos programas radica en la integración del proceso formativo y de las pasantías laborales con el apoyo para la inserción laboral, lo que exige acuerdos entre las entidades de capacitación y las empresas.

Pero la capacitación, por sí sola, no genera empleo. Dadas las dificultades para la creación de puestos de trabajo dependientes, los esfuerzos se concentran en la generación de empleos independientes mediante el impulso a las microempresas y a las pequeñas empresas. Entre las microempresas cabe distinguir aquellas de subsistencia respecto de las de desarrollo. Las primeras pertenecen al sector informal de la economía, ocupan trabajadores de bajo grado de calificación y son gestionadas por las familias o por los vecinos de pequeñas localidades. En cambio, las microempresas de desarrollo funcionan integradas al sector moderno de la economía —asociadas a medianas y grandes empresas que subcontratan servicios y funciones aleatorias— y emplean personal profesional y técnico altamente calificado, habitualmente en ramas económicas en ascenso como la informática, por ejemplo.

Los jóvenes participan en gran medida en ambos tipos de microempresas y podrían hacerlo mucho más en el futuro; para ello, y sobre todo para facilitar su inserción en las microempresas de desarrollo, es necesario prepararlos de modo que su contribución sea creativa y eficiente. En este ámbito, resulta aleccionador el ejemplo de las instituciones ligadas al programa Junior Achievement, que —como experiencia práctica en centros de enseñanza media— propician la formación de empresas con el apoyo de empresarios que actúan como tutores. Una mayor articulación entre estas iniciativas y las políticas públicas de inserción laboral de los jóvenes redundará en más amplias y mejores posibilidades de empleo para ellos.

5.4 La imprescindible promoción de la integración social de los jóvenes

Un atributo inherente a la juventud, y que se menciona con escasa frecuencia, es que en esta etapa de la vida se afianzan los sentimientos de ciudadanía —de pertenencia a una nación— como un elemento medular en la formación de la propia identidad. Además del ejercicio efectivo de los derechos formales, aquellos sentimientos de ciudadanía se van sedimentando naturalmente con la vivencia de compartir una comunidad de intereses y problemas con el resto de la población. Así, las catástrofes generan una especie de explosión de conciencia ciudadana y despiertan la solidaridad entre las personas. En cambio, las desigualdades, la segmentación en la prestación de los servicios básicos y la segregación residencial debilitan los sentimientos de pertenencia a una colectividad mayor.

Más allá de los avances en el combate a la pobreza y en cada dimensión específica de bienestar, toda política que se proponga promover la integración de los jóvenes a la sociedad deberá tomar especialmente en cuenta los problemas de segmentación en todo tipo de servicios, tanto en la

educación y la salud como en los vinculados a la recreación y al esparcimiento. Esto es, las políticas sectoriales deben incorporar, como un matiz siempre presente en el diseño y ejecución de sus acciones, la preocupación por la segmentación entre categorías de jóvenes. En plena etapa de formación de las identidades propias —que de algún modo sintetizan las reacciones del entorno hacia diversos aspectos de su personalidad—, los jóvenes son muy sensibles a cualquier tipo de discriminación; aunque paulatinamente muchos terminen conformándose, no dejarán de resentir la reiterada corroboración de ser “ciudadanos de segunda”, situación reflejada en el acceso a servicios de educación y salud de baja calidad y en el trato con burocracias cuyo comportamiento revela la falta de reconocimiento de sus derechos ciudadanos.

Una de las áreas de problemas que concentra la creciente atención de los especialistas en los temas relativos a la juventud —y, en particular, de aquellos que analizan la naturaleza, causas y consecuencias de los fenómenos de exclusión social— es la aguda segregación residencial en las grandes ciudades. Los vecindarios que albergan a personas que comparten situaciones de precariedad laboral y bajas calificaciones tienden a aislarse del resto de la sociedad y a reducir los contactos informales con personas que funcionan de acuerdo a los patrones modales de la misma. Entre los jóvenes, ese aislamiento —y la consecuente ausencia de oportunidades de exposición a modelos que conjuguen éxitos con esfuerzos a través de canales legítimos— parece favorecer conductas de riesgo, como la deserción escolar, el consumo de drogas, la no inserción en el mercado de trabajo y la fecundidad en la adolescencia.

Si bien en los países de la región todavía no hay suficiente evidencia acumulada acerca de los efectos del contexto vecinal sobre el comportamiento juvenil, con la que ya existe basta para advertir que las políticas sociales no consideran acciones de ordenamiento territorial en las ciudades, iniciativas que pueden promover mejores patrones de interacción (e integración) social. En cambio, muchos países desarrollados —conscientes de la importancia del problema— cuentan con abundantes estudios sobre la materia y ponen en práctica políticas deliberadas para enfrentarlo.

Otro ámbito específico de este tema es el de la vivienda, cuyo acceso constituye un nódulo central en los proyectos de emancipación y autonomía juvenil. Son muchos los jóvenes que constituyen pareja, pero que por falta de medios deben seguir residiendo en la vivienda de los padres de alguno de sus integrantes. Con todo, los logros en materia de tenencia de la vivienda son considerables en la región, que en la actualidad registra una mayoría de hogares habitados por sus propietarios; buena parte de esos logros se originó en políticas públicas que utilizaron diversas combinaciones de medidas, como la legalización de ocupaciones irregulares de terrenos, la construcción de infraestructura básica de vivienda cuya terminación queda en manos de los propietarios y la edificación subsidiada de bloques de departamentos o de barrios completos. Sin embargo, imbuidas del propósito de hacer un uso óptimo de la siempre escasa porción del gasto público social dedicada a la vivienda, esas políticas tuvieron el defecto —en muchos casos por falta de antecedentes— de no considerar los costos sociales vinculados a la concentración de la pobreza en barrios de precariedad homogénea.

Las proyecciones demográficas indican que el ritmo de crecimiento de los grupos jóvenes se irá reduciendo en la mayor parte de los países de la región, lo que —junto con el volumen ya acumulado de viviendas propias de los hogares que las habitan— implicará una disminución de la presión por nuevas viviendas y una consecuente ampliación del margen para planificar políticas habitacionales. Este escenario podría constituirse en una “oportunidad” para los programas de vivienda, en el sentido de un mejor aprovechamiento de la experiencia respecto de las consecuencias sociales de la concentración de pobres en barrios homogéneos, de la experiencia internacional en el combate a la segregación residencial y de las innovaciones ya probadas en materia de políticas

crediticias, con el objeto de diseñar alternativas de ordenamiento territorial orientadas a la integración de los hogares de las parejas jóvenes en el “curso central” de los sistemas sociales.

Un componente medular de la inserción social de los jóvenes es su participación ciudadana, condición necesaria para fortalecer la democracia y que puede estimularse mediante canales más efectivos y atractivos en orden al ejercicio de sus derechos y al cumplimiento de sus responsabilidades cívicas. La promoción de esa participación en la esfera política se verá facilitada en la medida en que la modernización de las prácticas pertinentes —junto con contrarrestar la pérdida de credibilidad de los partidos y líderes políticos— abra espacios a la intervención de los jóvenes en distintas instancias consultivas (como la definición de programas de acción a escala municipal), asegurando que no se sientan manipulados y que perciban que su participación pesa en la toma de decisiones. Paralelamente, cabe enfatizar la formación cívica en la enseñanza formal e informal y propiciar que los medios de comunicación recojan las opiniones y debates de los jóvenes sobre temas de actualidad.

Para fomentar la participación ciudadana es también necesario revitalizar los mecanismos de representación estudiantil y despojarlos de los estilos burocráticos y excesivamente politizados del pasado. En un sentido más general, los consejos nacionales y locales de juventud, que articulan redes de organizaciones y representan sus intereses ante los poderes públicos y las entidades de la sociedad civil, deben establecerse con miras a evitar las prácticas “clientelistas”. La formación de instancias colectivas de tipo pluralista, que combatan el aislamiento, puede facilitar la inserción de los jóvenes en todos los niveles de la sociedad, favorecer su contribución al desarrollo y coadyuvar a la acumulación de capital social en las comunidades en las que los jóvenes desarrollan su dinámica cotidiana.

Las observaciones anteriores fundamentan la pertinencia de concebir a los jóvenes desde dos ángulos complementarios: como destinatarios de una gama de servicios destinados a enfrentar la exclusión y la vulnerabilidad social, y como actores estratégicos del desarrollo. En tal sentido es que cobra vigencia el fomento al voluntariado como un eje central de las políticas públicas de juventud. Así, la participación juvenil en gran escala podrá hacerse presente en los programas de combate a la pobreza, las campañas de alfabetización, la construcción de infraestructura comunitaria o la defensa del medio ambiente (véase el recuadro 8).

El voluntariado puede convertirse en un medio insustituible para facilitar las relaciones intergeneracionales, que en los próximos decenios estarán signadas por la “ventana de oportunidad demográfica” inherente al proceso de transición que se desarrolla en los países de la región: ya no estarán los voluminosos contingentes de niños que concentraban la atención social en el pasado cercano, pero todavía faltará algún tiempo para que los adultos mayores se constituyan en una proporción amplia de la población total. Si bien la transición demográfica sigue trayectorias heterogéneas entre los países, en la mayoría de ellos la actual relación entre la población activa y la inactiva es probablemente la más favorable de la historia y debiera ser aprovechada para impulsar la transformación productiva, el crecimiento del ahorro y la inversión, la modernización social y el fortalecimiento democrático, combatiendo decididamente las desigualdades sociales existentes y promoviendo la más amplia participación de la población en todos los niveles. En este marco, debido a su mayor calificación relativa, a su espontánea flexibilidad para lidiar con las nuevas tecnologías y los cambiantes procesos laborales, y a su siempre dispuesta voluntad para encarar nuevos y complejos retos, los jóvenes están llamados a cumplir un papel protagónico. Una gran apuesta por los jóvenes latinoamericanos y caribeños en esta particular etapa histórica será la mejor respuesta a los renovados desafíos del desarrollo de la región en este nuevo siglo.

Recuadro 8**LOS JÓVENES COMO ACTORES ESTRATÉGICOS DEL DESARROLLO: EL VOLUNTARIADO**

El voluntariado juvenil puede tener varios efectos simultáneos que se retroalimentan de modo positivo, ya que a través de éste los jóvenes ganarían experiencias que les permitan madurar y conocer mejor su entorno (local y nacional), a la vez que realizarían aportes claramente visibles tanto al desarrollo de sus comunidades como al de su país. Además de estimular la consolidación de instancias de participación con un significado debidamente valorado por los jóvenes, estas iniciativas permitirían enfrentar los estigmas que les afectan. Asimismo, el trabajo del voluntariado contribuiría a reducir los costos de la oferta de servicios que, de otro modo, deberían concretarse con personal rentado de la administración pública o mediante contratos con empresas privadas. En todo caso, los jóvenes que participen en los programas de voluntariado deben ser preparados adecuadamente; para ello, algunas instituciones —públicas o privadas— debieran especializarse en ofrecer modalidades de capacitación para el tipo de servicio involucrado. Las universidades, y numerosas organizaciones no gubernamentales que operan en estos dominios, están en condiciones de entregar aportes al respecto. Para facilitar las articulaciones necesarias, los institutos y ministerios de juventud pueden servir de instancias coordinadoras de las iniciativas del voluntariado, sin que ello signifique intervención directa en la gestión operativa.

En suma, los programas de voluntariado juvenil son ambiciosos pero de gran potencialidad, tanto para los jóvenes como para la sociedad en su conjunto. Se trata de una iniciativa viable que puede basarse en un conjunto de actividades que ya se realizan en varios países de la región. Los múltiples ejemplos de participación juvenil en la atención de las consecuencias de los desastres naturales (inundaciones, erupciones, huracanes, sismos) en el Caribe, Centroamérica y Venezuela son experiencias concretas y dignas del mayor encomio. Ellas muestran que el voluntariado juvenil puede convertirse en una excelente opción, tanto para transformar sufrimientos colectivos en solidaridad y apoyo mutuo como para contribuir a que la comunidad perciba que los beneficios de la cooperación intergeneracional pueden mejorar la calidad de vida.

Fuente: CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía – División de Población), Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe (LC/L.1339), Santiago de Chile, marzo de 2000.

BIBLIOGRAFÍA

- CEE/FNUAP (Comunidad Económica Europea y Fondo de Población de las Naciones Unidas) (varios años), *Fertility and Family Surveys*, Economic Studies, Ginebra y Nueva York.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1994), “Dinámica demográfica de la pobreza: documentos seleccionados”, Serie A, N° 287 (LC/DEM/R.206), Santiago de Chile.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1999), *Panorama social de América Latina, 1998* (LC/G.2050-P), Santiago de Chile, mayo. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.4.
- CEPAL/CELADE (1998) (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía), Población, salud reproductiva y pobreza (LC/G.2015(SES.27/20)), Santiago de Chile.
- Desai, Sonalde (1995), “When are children from large families disadvantaged? Evidence from cross-national analyses”, *Population Studies*, vol. 49, N° 2, Londres, julio.
- Guzmán, J., Ralph Hakkert y J. Contreras (2000), *Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe*, México, D.F, Equipo de Apoyo a los Países del Fondo de Población de las Naciones Unidas, inédito.
- Kaztman, Rubén (coord.) (1999), Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay (LC/MVD/R.180), Montevideo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), mayo.
- Langer, Ana, G. Nigenda y S. García (1999), “Salud reproductiva y reforma del sector salud en América Latina y el Caribe”, documento presentado al Seminario Internacional sobre Salud Reproductiva y la Reforma del Sector Salud en América Latina y el Caribe (Brasilia, 26 y 27 de julio).
- Lesthaeghe, R. (1998), “On theory development: applications to the study of family formation”, *Population and Development Review*, vol. 24, N° 1, Nueva York, Consejo de Población, Naciones Unidas.
- _____ (1995), “The second demographic transition: an interpretation”, *Gender and Family Change in Industrialized Countries*, K. Mason y A. Jensen (comps.), Oxford, Clarendon Press.
- Livi-Bacci, Massimo (1995), “Pobreza y población”, *Pensamiento iberoamericano*, N° 28, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, publicado conjuntamente con *Notas de población*, N° 62 (LC/DEM/G.164), Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).
- Martínez Pizarro, Jorge y Claudia Vial Peñailillo (1998), “Temas de política en población, pobreza y equidad”, serie Población y pobreza, N° 4, Santiago de Chile, Ministerio de Planificación y Coordinación (MIDEPLAN) y Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP).
- McDevitt, Thomas y otros (1996), “Trends in adolescent fertility and contraceptive use in the developing world”, Report IPC/95-1, Washington, D.C., Oficina del Censo de los Estados Unidos.
- Mensch, B. y otros (1998), *The Uncharted Passage. Girls Adolescence in the Developing World*, Nueva York, Consejo de Población, Naciones Unidas.
- Naciones Unidas (1998), *World Population Monitoring 1996: Selected Aspects of Reproductive Rights and Reproductive Health* (ST/ESA/SER.A/156), Nueva York, División de Población. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E.97.XIII.5.
- Schoenmaeckers, R. y E. Lodewijckx (1999), “Demographic behaviour in Europe: some results from FFS country reports and suggestions for future research”, *European Journal of Population*, vol. 15, N° 3.